

UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID



TRABAJO DE FIN DE GRADO

**Die Literatur der Enkel der NS-Verbrecher als
Meilenstein in der Erinnerungskultur**

Grado en Lenguas Modernas y sus Literaturas

(Literatura y cultura alemanas)

Tutor: Arno Gimber

Alejandro Muñoz Aporta

Convocatoria: JUNIO 2018


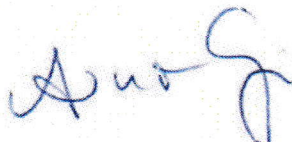


FACULTAD DE FILOLOGÍA
Ciudad Universitaria, s/n
E-28040 Madrid (ESPAÑA)
Tel. 34 91 3945399
Correo: agimber@filol.ucm.es

UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID
FACULTAD DE FILOLOGÍA
Prof. Dr. Arno Gimber
Departamento de Filología Alemana y
Filología Eslava

Arno Gimber, Profesor Titular de Filología Alemana en la Facultad de Filología de la Universidad Complutense de Madrid y tutor del Trabajo Fin de Grado de D. Alejandro Muñoz Aporta, "Die Literatur der Enkel der NS-Verbrecher als Meilenstein in der Erinnerungskultur", defendido en la convocatoria del pasado mes de junio, autorizo que dicho trabajo sea subido al repositorio "e-prints" de la Universidad Complutense de Madrid.

Madrid, a 21 de noviembre de 2018



Fdo.: Arno Gimber

FACULTAD DE FILOLOGÍA
Departamento de Filología Alemana
y Filología Eslava

DECLARACIÓN DE BUENA PRÁCTICA ACADÉMICA

De acuerdo con el punto 5 de la Normativa del Trabajo de Fin de Grado, de aplicación en el Grado de Lenguas Modernas y sus Literaturas, *«El TFG no podrá estar plagado ni haber sido presentado con anterioridad por el mismo alumno en otra asignatura»*.

Por tanto, D./Dña. ALEJANDRO MUÑOZ APORTA, con DNI 05469594-X,

DECLARA que el presente Trabajo de Fin de Grado, titulado Die Literatur der Enkel der NS-Verbrecher als Meilenstein in der Erinnerungskultur es el resultado de su propio estudio e investigación, y que no contiene material extraído de fuentes que no estén debidamente indicadas en la Bibliografía y claramente identificadas en el propio Trabajo como fuentes externas.

ENTIENDE que incurre en PLAGIO en los siguientes supuestos:

- entregando un trabajo ajeno como si fuera original propio
- entregando un trabajo propio que ya ha sido evaluado anteriormente
- entregando un trabajo copiado, total o parcialmente, de Internet u otras fuentes, ya sean electrónicas o bibliográficas
- copiando un texto literalmente sin indicar la fuente consultada mediante un sistema estándar de referencias
- parafraseando un texto sin citar su procedencia de forma explícita

COMPRENDE también que el PLAGIO es una grave ofensa académica y ASUME las consecuencias que puedan derivarse de dicha práctica en la calificación de este Trabajo.

Y para que conste a los efectos oportunos, firma la presente declaración.

En Madrid, a 18 de junio de 2018

Fdo.:

(FIRMA LEGIBLE)

RESUMEN

El objetivo de este trabajo, cuyo título es *Die Literatur der Enkel der NS-Verbrecher als Meilenstein in der Erinnerungskultur* ("La literatura de los nietos de los criminales nacionalsocialistas como hito en la cultura de la memoria"), es realizar un análisis desde la perspectiva de la memoria de cuatro obras autobiográficas en las que sus autores, nietos de altos cargos nazis, hablan sobre el enfrentamiento con el pasado de sus respectivas familias. El interés principal de estas obras radica en que permiten adquirir una perspectiva novedosa de las consecuencias del nacionalsocialismo en la sociedad actual, dando voz a un colectivo que hasta ahora ha recibido menos atención que las víctimas del Holocausto y sus descendientes.

El corpus elegido consta de las siguientes obras: *Schweigen tut weh: Eine deutsche Familiengeschichte* (2007), de Alexandra Senfft; *Amon: Mein Großvater hätte mich erschossen* (2013), de Jennifer Teege; *Todleben: Eine deutsch-polnische Suche nach der Vergangenheit* (2012), de Uwe von Seltmann, y *Das Erbe des Kommandanten* (2013), de Rainer Höß. Con esta selección se ha intentado reflejar la diversidad que caracteriza a esta generación, si bien los cuatro autores escogidos comparten un rasgo fundamental: todos rechazan la ideología de sus abuelos, a los que nunca conocieron, y se comprometen por la conservación de la memoria del Holocausto. Otros rasgos comunes son el gran impacto de la cultura popular en sus conocimientos e ideas preconcebidas sobre el Holocausto y su interés personal y/o profesional por el conflicto de Oriente Medio y el estado de Israel.

El primer libro, *Schweigen tut weh*, fue escrito por la periodista y experta en el Islam Alexandra Senfft, nieta de Hanns Ludin, embajador del Tercer Reich en Eslovaquia entre 1941 y 1945. Aunque el objetivo fundamental del libro es presentar una historia familiar (*Familiengeschichte*) del clan Ludin y de la construcción del mito del patriarca Hanns como un nazi distinguido y decente, se trata en realidad de una biografía de Erika Ludin, hija mayor del político y madre de la autora. Erika, que perdió a su padre a los 14 años, tuvo toda su vida sentimientos contradictorios hacia él: por una parte, admiración y resentimiento por sentir que había sido ejecutado a modo de chivo expiatorio; por otra, ira reprimida contra él por haber participado en un asesinato en masa y por haberse entregado a la justicia. Este trauma infantil

nunca resuelto acabó precipitando el fin de su matrimonio, su caída en el alcoholismo y su muerte prematura. La autora, que nunca llegó a hablar con ella sobre el tema, reconstruye la historia de su madre al tiempo que analiza la incidencia del pasado familiar en la suya propia, desde la elección de su carrera profesional hasta la forma de educar a sus hijos, siempre guiada por el intento de fomentar el debate sobre el tema y acabar con el enfoque maniqueísta que prima tanto en los estudios sobre el Holocausto como en los del conflicto árabe-israelí.

El segundo libro, *Amon*, es obra de la publicista Jennifer Teege, nieta del comandante del campo de concentración de Plaszow, Amon Göth, y de la periodista Nikola Sellmair, cuya contribución ayuda a que el relato no sea demasiado sentimental ni parcial. La obra lleva por subtítulo la frase *Mein Großvater hätte mich erschossen* ("Mi abuelo me habría matado de un tiro") pues, a diferencia del resto de autores del corpus, Teege es hija de una alemana y de un nigeriano, lo que le aporta un punto de vista único. Tras ser criada en una familia adoptiva y haber estudiado durante años en Israel, Teege descubrió la identidad de su abuelo de forma casual a los 38 años, lo que la llevó a enfrentarse con su pasado familiar y a desvelar la implicación tanto de su familia biológica como de la adoptiva en el silenciamiento y tergiversación de la historia. Con su labor como escritora, Teege se propone alimentar el diálogo entre descendientes de víctimas judías y de nazis y ayudar a comprender mejor el Holocausto desde una perspectiva no académica, buscando claves que nos ayuden a solucionar y evitar conflictos semejantes en el futuro.

El tercer libro, *Todleben*, es la segunda obra de no ficción en la que el teólogo y periodista Uwe von Seltsmann, nieto del oficial de las SS Lothar von Seltsmann, rastrea la vida de éste, que participó en la destrucción del gueto de Varsovia en 1943 y murió en extrañas circunstancias. Sin embargo, *Todleben* trata también sobre la historia del abuelo de la mujer de Von Seltsmann, el polaco Michał Pazdanowski, asesinado en el Holocausto y convertido en un fantasma para su familia. El viaje no exento de dificultades que el autor y su mujer emprenden para reconstruir el periplo de sus abuelos durante la guerra permite a Von Seltsmann reflexionar sobre la brecha ideológica existente entre Alemania y los países de Europa del Este, en los que la cultura de la memoria en torno a la Segunda Guerra Mundial está mucho menos desarrollada, a la vez que rescata el legado del abuelo de su esposa y propone así

una fórmula para reconciliar ambos pueblos, antaño hermanados. De esta obra es de destacar asimismo el uso poético y metafórico del lenguaje, el cual, al igual que en muchos otros testimonios sobre el Holocausto, aspira a transmitir a los lectores la experiencia insondable de verse implicado, directa o indirectamente, en este tema.

El cuarto libro, *Das Erbe des Kommandanten*, es el único publicado por Rainer Höß, nieto de Rudolf Höß, principal comandante del campo de exterminio de Auschwitz. Al igual que en las otras obras, el autor desmonta la imagen de Höß como padre de familia responsable, afectuoso y amante de la naturaleza, construida por su familia y amigos principalmente a partir de sus memorias, publicadas a título póstumo. No obstante, a diferencia del resto, Rainer Höß dedica su vida plenamente a la lucha por destruir el legado del nacionalsocialismo, aún presente en Europa, enfrentándose con violencia a su abuelo sin intentar comprender sus posibles razones para actuar como actuó. Su tratamiento del tema, muy personal y motivado por el intento de crear un diálogo cercano con el público, está marcado por la informalidad y la búsqueda de la polémica, también en el plano lingüístico, lo que le ha valido muchas críticas por banalizar y abordar con poco respeto un tema extremadamente delicado, si bien su enfoque sincero nos puede ayudar a entender mejor la perspectiva de algunos miembros de su generación.

A modo de conclusión, este trabajo nos ha permitido comprobar que todos los autores tratados comparten una misma voluntad por reparar los daños infligidos por sus abuelos, que se manifiesta en los distintos métodos que cada autor utiliza para integrar el Holocausto en su vida y transmitir sus ideas literariamente. En todos los casos, el enfrentamiento con el pasado que realizan les permite conocerse a sí mismos y eliminar la posibilidad de caer en los mismos errores que sus antepasados, ayudándoles así a dar forma al futuro y a crear una conciencia de los peligros de una ideología como la extrema derecha entre el gran público. Por otra parte, el tratamiento sincero y multiperspectivista del nacionalsocialismo del que hacen gala estos autores contribuirá a que las futuras generaciones no tengan que reprimir sus sentimientos al respecto, a diferencia de lo que ha ocurrido con frecuencia en el pasado.

INHALTSVERZEICHNIS

1. EINLEITUNG	2
1.1 Hintergrund	2
1.2 Ziel und Fragestellung	6
1.3 Theoretische Vorüberlegungen	6
1.4 Methodologisches Vorgehen	7
2. HAUPTTEIL	9
2.1 <i>Schweigen tut weh: Eine deutsche Familiengeschichte</i> von Alexandra Senfft	9
2.2 <i>Amon: Mein Großvater hätte mich erschossen</i> von Jennifer Teege	17
2.3 <i>Todleben: Eine deutsch-polnische Suche nach der Vergangenheit</i> von Uwe von Seltsmann	24
2.4 <i>Das Erbe des Kommandanten</i> von Rainer Höß	31
3. SCHLUSSBEMERKUNG	38
LITERATURVERZEICHNIS	41

1. EINLEITUNG

1.1 Hintergrund

Es ist unbestritten, dass die NS-Zeit in den letzten Jahrzehnten zu einem der beliebtesten Themen in der Populärkultur geworden, „im Mainstream unserer Gesellschaft angekommen“ (Süss, 2017: 58) ist. Seit Ende der 60er Jahren, die hinsichtlich des Nationalsozialismus in gewissem Maße den Beginn eines Bewältigungsversuches markieren, sind zahllose Romane, Comics, Dokumentar- und Spielfilme, Videospiele... über das Thema erschienen. Außerdem werden immer wieder Ausstellungen und andere kulturelle Veranstaltungen zu diesem Thema organisiert. Dieses Phänomen ist nicht nur in Deutschland, sondern auch in anderen Ländern, die vom Zweiten Weltkrieg betroffen wurden, wie Frankreich oder Österreich, zu beobachten.

Man könnte behaupten, dass diese Vielzahl an kulturellen Produkten einige Vorteile mit sich bringt: Dadurch verbreiten sich immer mehr die Kenntnisse und das Bewusstsein über das Thema. Heutzutage wissen die meisten Kinder, wer Adolf Hitler war und was er gemacht hat. Aber diese Allgegenwart stellt auch eine Gefahr dar, und zwar, dass nicht allen Aspekten des Konfliktes die gleiche Bedeutung beigemessen wird und dadurch andere Aspekte in den Schatten gestellt werden. Zu den Letzten gehört der Schicksal der Nachkommen der NS-Täter nach dem Krieg.

Traditionell hat die Perspektive der anderen Seite, das heißt, die der Holocaust-Überlebenden und ihrer Nachkommen, mehr Aufmerksamkeit erregt.¹ Das könnte logisch und in Einklang mit dem in der Populärkultur vorherrschenden manichäischen Ansatz, nach dem die Nazis als Inbegriff des Bösen gelten (Assmann, 2006: 83),² erscheinen. Aber der Standpunkt der Familien der NS-Täter kann auch aus unterschiedlichen Gründen interessant sein.

Zunächst muss man im Kopf behalten, dass diese Menschen ein sehr starkes Schuldgefühl (von einigen Psychologen *Ahnenschuld* genannt: Zolkos, 2015: 6) geerbt haben, auch wenn sie an den Verbrechen ihrer Angehörigen nicht mitschuldig waren. Dies hängt mit dem Begriff ‚Sippenhaftung‘ zusammen, d.h. das „(besonders

¹Einige Paradebeispiele wären die Memoiren von Primo Levi, Eli Wiesel oder Ruth Klüger.

²In der modernen Historiographie wird diese Vision – besonders seit den 90er Jahren – viel nuancierter dargestellt (Wrochem, 2016: 44).

nationalsozialistisch) unrechtmäßige Zur-Rechenschaft-Ziehen der Angehörigen von jemandem, der für etwas bestraft worden ist“ (DUDEN-Wörterbuch online), der während des Zweiten Weltkrieges eine wichtige Rolle im deutschen Gesetz spielte. Wegen dieser Praxis war der Schicksal der Verbrecher mit dem ihrer Familien eng verbunden.

Das hatte zur Folge, dass die Kinder der hochrangigen Nazis, die nach dem Krieg in Deutschland blieben, sich in einer sehr schwierigen Situation befanden. Sie waren in einem nationalsozialistischen Staat aufgewachsen und waren von den damit verbundenen Werten sehr stark geprägt. Außerdem wurden ihre Väter oder andere enge Verwandte kurz nach dem Kriegsende zur Verantwortung gezogen und in einigen Fällen sogar hingerichtet. Man kann sagen, dass die deutsche Nachkriegsgesellschaft diese Menschen, „ein paar Tausend Psychopathen“ (Ustorf, 2008: 154), zu Sündenböcken machte, um sich von ihrer kollektiven Schuld reinzuwaschen. Dazu kam die Tatsache, dass viele von diesen prominenten Nazis zu den SS gehörten, die im Gegensatz zur Wehrmacht als besonders brutal angesehen und für die Grausamkeiten gegen die Juden verantwortlich gemacht wurden (Levi/Rothberg, 2003: 207; Frei, 2003: 283).

Diese neuen Umstände führten bei den Nazikindern oft zu einem Trauma, das sehr schwer aufzuarbeiten war, da die NS-Zeit während der Adenauer-Ära (1949-1963) nach dem Motto „Vergangenes vergangen sein zu lassen“ (Frei, 2003: 276) im öffentlichen Raum nicht diskutiert wurde. Zu dieser Zeit wurde das grundlegende Buch *Die Unfähigkeit zu trauern* (1967) von Margarete und Alexander Mitscherlich veröffentlicht, in dem die Autoren zeigten, dass „die Abwehr der mit der Nazivergangenheit verbundenen Schuld- und Schamgefühle [...] weiterhin Trumpf“ (Mitscherlich, 1967: 26) war.

Dies änderte sich Ende der sechziger Jahre, besonders im Jahre 1968 und während der Regierungszeit von Willy Brandt (1969-1974), der die Debatte über das Thema förderte. Zu dieser Zeit waren die Nazikinder aber schon Erwachsene geworden, die auf diese neue Offenheit auf unterschiedliche Weise reagierten: Die, die in den 30er Jahren geboren waren, hatten häufig andere Prioritäten (Familie, Berufskarriere usw.), während die Jüngeren, die gegen Kriegsende auf die Welt

kamen und 1968 Studenten waren, den Protesten begeistert beiwohnten.³ Deren Geist wurde an die nächste Generation (die Enkel der Täter) weitergegeben. Obwohl die Letzten nie so viel Präsenz in den Medien und in der Öffentlichkeit wie die 68er hatten („Demonstrationen auf den Straßen finden nicht statt, auch keine Sit-Ins, und von durch Kriegsenkel besetzten Hörsälen an den Universitäten hat auch noch niemand gehört“, Süss, 2017: 188), kann ihre Arbeit in der Zukunft entscheidend für die Erinnerungskultur sein. Warum?

In ihren Werken über das Gedächtnis haben die Kulturwissenschaftler Aleida und Jan Assmann auf die Relevanz der dritten Generation von Nazis und KZ-Überlebenden hingewiesen: Durch ihre Unterscheidung zwischen sozialem (intergenerationale Weitergabe von Erinnerungen im Familienrahmen) und kulturellem (transgenerationale Tradierung von historischen Ereignissen durch Bücher, Filme, Bilder...) Gedächtnis stellten sie fest, dass die dritte Generation normalerweise die Letzte ist, die noch direkten Kontakt mit der ersten und der zweiten Generation (die, die den Krieg miterlebt haben) hat:

Persönliche Erinnerungen existieren [...] nicht nur in einem besonderen sozialen Milieu, sondern auch in einem spezifischen Zeithorizont. Dieser Zeithorizont wird wesentlich durch den Wechsel der Generationen bestimmt. Nach achtzig bis hundert Jahren kommt es zu einem deutlichen Einschnitt. Das ist die Periode, in der verschiedene Generationen – *in der Regel sind es drei*,⁴ im Grenzfall sogar fünf – gleichzeitig existieren. (Assmann, 2006: 25)

Das heißt, dass die Rolle der dritten Generation von Nazinachkommen als Kulturvermittler zwischen den Tätern und der heutigen Gesellschaft von ausschlaggebender Bedeutung ist.

Die Menschen dieser Generation haben viele Gemeinsamkeiten, unter anderen:

-Wie bereits erwähnt, sind sie in den meisten Fällen in den 60er Jahren oder am Anfang der 70er Jahren geboren. Sie gehören also zu einer der ersten Generationen, die schon als Kinder Filme oder andere für die breite Masse konzipierte Produkte über den Holocaust konsumiert haben. Ein Beispiel wäre die US-amerikanische Fernsehserie *Holocaust* (1978), die viele Zuschauer in der BRD sahen. Als junge Menschen haben sie auch andere für die Erinnerungskultur wichtige Ereignisse miterlebt, wie die „Wehrmachtsausstellung“ (1995-1999, 2001-

³Es sei hier daran erinnert, dass ein Motto der deutschen 68er-Bewegung „Traue keinem über 30“ lautete (Wrochem, 2016: 228).

⁴Eigene Hervorhebung.

2004), die zur Folge hatte, dass „der gesellschaftliche Konsens des Schweigens und des Desinteresses [...] endgültig [zerbrach]“ (Frei, 2003: 160). Trotzdem haben die meisten Angehörigen der dritten Generation, in deren Familien das Thema für lange Zeit verschwiegen wurde, erst mit etwa 40 Jahren angefangen, sich über ihre Erfahrungen als Nazinachkommen zu äußern.⁵

-Die meisten von ihnen haben ihre nationalsozialistischen Großväter nicht persönlich kennen gelernt. Deshalb ist für sie den Umgang mit ihrer Vergangenheit nicht so emotional geprägt wie in der zweiten Generation.

-Manchmal sind sie zufällig über die nationalsozialistische Vergangenheit ihrer Verwandte gestolpert (z.B. durch Dokumentarfilme oder Bücher).

-Viele von ihnen haben über ihre Erfahrung als Nazinachkommen in autobiografischen Büchern oder Dokumentarfilmen frei gesprochen und engagieren sich ständig für die Bewahrung der Erinnerung an den Holocaust. Mit anderen Worten, sie bilden eine aktive und „entschlossene“⁶ Generation, im Gegensatz zu den eher passiven ersten und zweiten Generationen (Rosenthal, 2010: 7).

-Dieses Engagement spiegelt sich auch in ihren privaten Leben wider: Manche Mitglieder dieser Generation interessieren sich für den Nahost-Konflikt und Israel, entweder weil sie dort gelebt/gearbeitet haben oder weil sie mit Israelis befreundet oder verheiratet sind.

Trotz dieser Gemeinsamkeiten muss man auf den vielfältigen Charakter dieser Gruppe hinweisen: Unter ihren Mitgliedern findet man Menschen unterschiedlicher Herkunft, Ethnien und politischer Standpunkte. Die Beziehung zu ihren Familien kann auch je nach Person sehr unterschiedlich sein.

⁵Dazu kommen auch viele andere historische Gegebenheiten: „[Die Menschen der dritten Generation] litten unter unklaren Gefühlslagen, merkwürdigen Stimmungen und seltsamen Regungen – Disco und Punk, Schmidt und Kohl, Wackersdorf und Aids: Das eigene Profil, ein spezifischer Generationenauftrag, war einfach nicht zu finden“ (Süss, 2017: 8-9).

⁶Diese Bezeichnung ist in den letzten Jahren von einigen Autoren bevorzugt worden (siehe Bibliografie).

1.2 Ziel und Fragestellung

Im vorigen Abschnitt haben wir auf die wichtigsten Merkmale und die Relevanz der dritten Generation von Nazinachkommen hingewiesen: Wir werden also mit der Ausgangshypothese arbeiten, dass die Erfahrungen dieser Menschen wichtig für das Verstehen der deutschen Vergangenheitsaufarbeitung in der heutigen Gesellschaft sind und dass sie eine neue und interessante Perspektive des Themas einbringen können. Es wird primär analysiert, welche Strategien diese Menschen verwenden, um „die [von ihren Verwandten] hinterbliebenen Lücken auf kreative Weise zu füllen“ (Jakob, 2012: 3), und auch inwieweit ihre individuellen Zeugnisse sich in einem größeren und umfassenden kollektiven Gedächtnis einschreiben lassen.

Die Frage lautet also: Inwieweit stellen die Werke dieser Menschen einen Meilenstein in der Vergangenheitsaufarbeitung dar?

1.3 Theoretische Vorüberlegungen

Das Thema wird aus der Perspektive der Erinnerungskultur analysiert. Dabei werden wir mit den Theorien von Historikern, Kultur- und Literaturwissenschaftlern wie Norbert Frei, Aleida Assmann oder Marianne Hirsch arbeiten. In diesem Sinne ist der Begriff *postmemory*, d.h. „the relationship that the ‚generation after‘ bears to the personal, collective, and cultural trauma of those who came before – to experiences they ‚remember‘ only by means of the stories, images and behaviors among which they grew up“ (Hirsch, 2012: 5) als Grundlage des theoretischen Rahmens besonders relevant.

Es gibt viele Studien über die Nachkommen von Holocaust-Überlebenden, relativ wenige über die Nachkommen von Nationalsozialisten und noch weniger über die Nachkommen der hochrangigen NS-Täter, die eine sehr reduzierte Gruppe innerhalb der deutschen Bevölkerung bilden. Da in den letzten Jahren in vielen Untersuchungen frappante Gemeinsamkeiten zwischen diesen Gruppen aufgetaucht sind, werden einige Ergebnisse über die Nachkommen von Überlebenden für diese Arbeit benutzt (eine Möglichkeit, die übrigens von Marianne Hirsch berücksichtigt wird: „I have developed this notion [postmemory] in relation to children of Holocaust survivors, but I believe it may usefully describe other second-generation memories of cultural or collective traumatic events and experiences“, Levi/Rothberg, 2003: 416).

1.4 Methodologisches Vorgehen

In der vorliegenden Arbeit werde ich mich mit der Literatur der dritten Generation der Nazinachkommen befassen, genauer gesagt mit vier autobiografischen Werken, in denen die Autoren über die Auseinandersetzung und die Aufarbeitung ihrer Familienvergangenheit sprechen:⁷

Name	Jahrgang	Nationalsozialistischer Verwandter ⁸	Werk
Alexandra Senfft	1961	Hanns Ludin	<i>Schweigen tut weh: Eine deutsche Familiengeschichte</i> (2007)
Uwe von Seltmann	1964	Lothar von Seltmann	<i>Todleben: Eine deutsch-polnische Suche nach der Vergangenheit</i> (2012)
Rainer Höß	1965	Rudolf Höß	<i>Das Erbe des Kommandanten</i> (2013)
Jennifer Teege	1970	Amon Göth	<i>Amon: Mein Großvater hätte mich erschossen</i> (2013)

Tabelle 1: Gewählter Korpus

⁷Andere Autoren der dritten Generation sind zum Beispiel Claudia Brunner (*Schweigen die Täter, reden die Enkel*, in Zusammenarbeit mit Uwe von Seltmann), Sacha Batthyány (*Und was hat das mit mir zu tun? Ein Verbrechen im März 1945. Die Geschichte meiner Familie*), Bettina Göring (*Der gute Onkel: Mein verdammt deutsches Erbe*) und Katrin Himmler (*Die Brüder Himmler. Eine deutsche Familiengeschichte*).

⁸ Es handelt sich immer um den Großvater (väterlicher- oder mütterlicherseits).

Diese primären Quellen werden miteinander verglichen und mithilfe anderer theoretischen Werke (die manchmal von anderen Mitgliedern der dritten Generation verfasst sind) analysiert.

Man kann darüber streiten, ob dieser Korpus die große Vielfalt an Profilen unter den Nazinachkommen reflektiert, denn alle gewählten Autoren teilen eine ähnliche Ideologie: Sie lehnen alle entschieden die nationalsozialistische Vergangenheit ihrer Familien ab. Natürlich gibt es andererseits Nazikinder und –enkel, die in die Fußstapfen ihrer Vorfahren getreten sind (z.B. Gudrun Himmler oder Wolf Rüdiger Hess), aber sie stellen eine Minderheit dar, die außerdem keine Werke über den Umgang mit ihrem schwierigen Familienerbe geschrieben hat.

Im Übrigen wurde versucht, einen Korpus von repräsentativen Werken zu bilden, der die schon erwähnte Vielfalt dieser Generation widerspiegelt.

2. HAUPTTEIL

2.1 *Schweigen tut weh: Eine deutsche Familiengeschichte* von Alexandra Senfft

Schweigen tut weh: Eine deutsche Familiengeschichte (2007) ist das erste Buch der Journalistin und Islamwissenschaftlerin Alexandra Senfft, Enkelin von Hanns Ludin (1905 – 1947), Hitlers Gesandter in der Slowakei zwischen 1941 und 1945. Seitdem hat sie mehrere Publikationen zum Thema Auseinandersetzung mit dem Nationalsozialismus veröffentlicht, darunter *Der lange Schatten der Täter: Nachkommen stellen sich ihrer NS-Familiengeschichte* (2016), in der sie zusammen mit anderen Nazinachfahren versuchte, neue und befriedigende Formeln zu finden, um die Traumata in der eigenen Familiengeschichte zu überwinden.

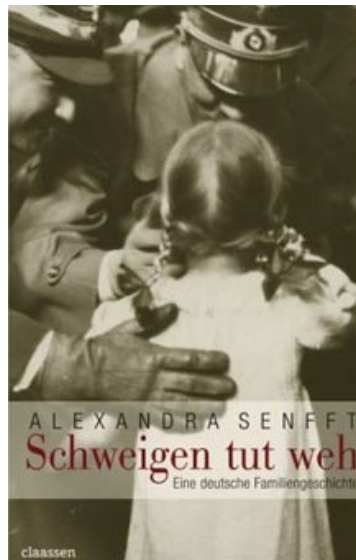


Abbildung 1: *Schweigen tut weh: Eine deutsche Familiengeschichte* (Quelle: www.alexandra-senfft.de/index_de.html)

Das war nicht das erste Mal, dass ein Mitglied der Familie Ludin sich mit der braunen Vergangenheit des Patriarchen und deren dauerhafte Konsequenzen beschäftigte. 2005 hatte Malte Ludin, Alexandras Onkel und Hanns Ludins jüngster Sohn, den Dokumentarfilm *2 oder 3 Dinge, die ich von ihm weiß* gedreht, mit dem er versuchte, die beschönigten Geschichten über seinen Vater, die in der Familie kursierten, zu demontieren. Durch Gespräche mit seinen Geschwistern, Schwagern, Neffen und Nichten gelang es dem Regisseur, einen Einblick in eine vom Zweiten

Weltkrieg zerrissene deutsche Familie zu geben. Eine Familie, in der der Mythos von Ludin als anständiger und unschuldiger Nazi trotz aller gegenteiligen Beweise tief verwurzelt war.

Das ‚Schweigen‘ im Buchtitel ist ein immer wiederkehrendes Sem in der Literatur von Nazinachkommen. Von Aleida Assmann als eine der Hauptstrategien der Verdrängung⁹ definiert, ist dieses Schweigen genauer gesagt ein *Verschweigen* selbstbeschuldigender Informationen, das einem Schlussstrich unter die Vergangenheit dient (Assmann, 2006: 101).¹⁰ Wie der Nebentitel verrät, ist das Buch in erster Linie eine Familiengeschichte, die über das Leben Hanns Ludins hinausgeht: Eigentlich handelt es sich eher um eine biografische Erzählung über Erika Ludin, Alexandras Mutter, und ihre Liebe-Hass-Beziehung zu ihrem verstorbenen Vater und ihrer Mutter Erla.

Erika Ludin kam im Herbst 1933, einige Monate nach Hitlers Machtergreifung, als Erstgeborene von Hanns und Erla Ludin zur Welt. Damals war Hanns, Führer der SA-Gruppe Südwest (Stuttgart), ein aufgehender Stern in der NSDAP, der von Hitler besonders wertgeschätzt wurde. Der Höhepunkt seiner Karriere kam 1941 mit der Ernennung zum Gesandten des Dritten Reiches in der Slowakei. Als wichtigste politische Figur in diesem Satellitenland war er für die Deportation und den Tod von etwa 70.000 slowakischen Juden verantwortlich (Senfft, 2008: 16).

In diesem Kontext hatte Erika eine privilegierte Kindheit: Trotz des Krieges war sie nicht von den Mängeln an Nahrungsmitteln oder den Bombardierungen betroffen. Trotzdem kehrte die Gesandtengattin Erla nach einem Aufstand im Sommer 1944 mit den sechs Kindern nach Deutschland zurück. Hanns blieb in der Slowakei bis April 1945, als er mit der slowakischen Regierung nach Österreich fliehen musste. Nach einigen Wochen im Versteck stellte er sich den Amerikanern. Warum er das machte, bleibt ein Rätsel.¹¹ Laut seinen Freunden fühlte er sich dazu verpflichtet, die Verantwortung für seine Verbrechen zu übernehmen (Senfft, 2008: 89, 169), aber es

⁹Neben Aufrechnen, Externalisieren, Ausblenden und Umfälschen (Assmann, 2006: 169-182).

¹⁰Das Schweigen über die Vergangenheit ist auch charakteristisch für die Shoah-Überlebenden, obwohl es in dem Kontext ein sehr unterschiedliches Ziel hat (z.B. den Kindern seelische Traumata zu ersparen).

¹¹Man kann sagen, dass Hanns Ludin ein überzeugter wenn auch vielseitiger Nazi mit vielen unbekannten Seiten war, dessen Motivationen nicht immer leicht zu erklären sind. Ein Beispiel wäre seine Freundschaft mit dem Kommunisten Richard Scheringer, dem er während der NS-Zeit mehrmals half, der Verfolgung der Regierung zu entkommen.

ist auch durchaus möglich, dass er dachte, dass er damit eine Strafmilderung bekommen würde.

Die freiwillige Schuldanerkenntnis Hanns Ludins wurde rückblickend zu einem sehr wichtigen Ereignis in Erikas Leben, aus zwei Gründen:

-Einerseits trug sie definitiv dazu bei, das Bild von Ludin als ein guter und distinguerter Nazi in der familiären Vorstellungswelt zu definieren. Nicht nur wurde er als ein „gebildete[r] Nationalsozialist“ und „Bildungsbürger“ (2008: 285) angesehen, sondern ihm wurden auch positive Charakterzüge wie Anständigkeit, Zuverlässigkeit, Loyalität und Pflichtbewusstsein zugewiesen. Seine Verbrechen wurden heruntergespielt, indem man behauptete, dass „die kommunistischen Tschechen nach dem Krieg einen propagandistischen Prozess geführt und an Ludin stellvertretend Rache für die Deutschen genommen [hatten]“ (2008: 220). Insgesamt lässt sich sagen, dass die Familie Ludin eine deutliche Grenze zog zwischen Hanns, der zu einer Art politischer und moralischer Elite innerhalb der Partei gehörte, und den „anderen“ vulgären Nazis, die für die Verbrechen direkt verantwortlich waren (2008: 14, 142).

-Obwohl Erika wie der Rest der Familie ihr ganzes Leben lang ihren Vater für ein Opfer seiner Zeit hielt, hegte sie gleichzeitig das Gefühl, dass er eigentlich schuldig war und dass er durch seine ‚egoistische‘ Entscheidung, sich den Amerikanern zu stellen, die Familie im Stich gelassen hatte. Dieser Widerspruch prägte die Beziehung zu ihrer Mutter als Erwachsene. Am Ende ihres Lebens würde sie endlich einer Freundin gestehen, dass sie ihrem Vater nicht verzeihen konnte, „an einem Menschheitsverbrechen mitgewirkt zu haben, gleichwohl der Gedanke zu ungeheuerlich ist, um ihn zu erfassen und zu ertragen“ (2008: 314). Ihre Mutter hielt sie auch für schuldig, „weil sie ihren Mann bis zum bitteren Ende unterstützt habe“ (2008: ebenda).

Die Erklärung für Erikas Ressentiment und ihr lebenslanges Gefühl des Verlassenseins könnte auch daran liegen, dass sie während des Gefängnisaufenthaltes ihres Vaters von ihrer Familie getrennt war. Damals war sie im Internat Salem (80 Kilometer vom Familienhaus entfernt) untergebracht und bekam nur gelegentlich Besuch von ihrer beschäftigten Mutter, die einen Einödhof in der französischen Besatzungszone führte. Die Hinrichtung Ludins am Galgen im

Dezember 1947 musste die Vierzehnjährige dann alleine verarbeiten, was ihr am Anfang relativ gut gelang. Dennoch wurden die Konsequenzen vom Vätertod auf Erika kurz später sichtbar: Sie wurde von unterschiedlichen nervösen Störungen geplagt und ihre Schulleistung wurde immer schlechter, was schließlich 1949 zum Verweis aus dem renommierten Internat führte. Dieses traumatische Ereignis nur zwei Jahre nach dem Tod des Vaters hatte schwere Folgen für ihre Charakterbildung. Ab diesem Moment galt sie als eine Erwachsene, die ihren Beitrag zum Haushaltseinkommen leisten sollte.

Schon damals übernahm Erika die Rolle der verantwortlichen ältesten Tochter, die sich um den Wohlstand der ganzen Familie kümmern sollte. Es handelt sich um eine Verhaltensweise, mit der sie versuchte, die Abwesenheit ihres Vaters als autoritäre Figur zu kompensieren und ihre stets erschöpfte Mutter von ihren mehrfachen Hauspflichten zu entlasten, so dass man sogar über einen imaginären Rollentausch zwischen Mutter und Tochter sprechen könnte (2008: 189). Auf diese Weise stach sie unter den Geschwistern hervor, „denn sie [hatten] weder den Rang des Sorgenkindes noch den der wichtigsten Beraterin, zwei widersprüchliche Positionen, die Eri sich erobert [hatte]“ (2008: 191).

Am Ende war es dank der Nazi-Verbindungen ihres Vaters, dass Erika eine Arbeitsstelle in Hamburg bekam. Im Oktober 1950 zog sie zu Hans S., dem ehemaligen Adjutanten von Hanns Ludin an der Deutschen Gesandtschaft in Bratislava, um als Verkäuferin in seiner Apotheke zu arbeiten.¹² Obwohl die Atmosphäre bei ihrer Gastfamilie ihr zwar zu spießig und wenig anregend vorkam, war der Aufenthalt bei den S. eine wunderbare Gelegenheit, um mehr über ihren Vater, der in den Nazikreisen noch eine sehr beliebte Figur war, herauszufinden. Ihre Mutter „[bat] sie, ihr alle Briefe vom ‚Vati‘ zuzusenden, um sich intensiv mit seinen Botschaften auseinanderzusetzen. Sie [wollte] in seine Sätze schlüpfen, ihm durch und durch verstehen und Rückschlüsse für ihr eigenes Leben daraus ziehen“ (2008: 164). Ein Prozess der Identifikation mit Ludin hatte bereits begonnen: „Aus dem alten Smoking ihres Papas [ließ] sie sich vom Schneider eine ‚todschicke, schwarze lange Hose‘ machen [...] der Vater soll[te] ihr so nahe wie möglich sein“ (2008: ebenda).

¹²Man sollte nicht aus dem Auge verlieren, dass viele Nazifunktionäre ihren Weg im Nachkriegsdeutschland, das von einem „Klima der Anpassungsbereitschaft und der Gleichgültigkeit gegenüber der NS-Vergangenheit“ (Frei, 2003: 88) geprägt war, problemlos fanden.

Der Wunsch, dem Vater möglichst nahezustehen, spiegelte sich wiederum in Erikas privatem Leben wider: Unbewusst suchte sie einen Mann, der dem von ihrem Vater bestimmten Ideal eines anständigen Mannes entsprach. Die junge Frau ging mit viel älteren Männern aus, die manchmal sogar im Krieg gekämpft hatten (2008: 170-192). Schließlich lernte sie 1955 den perfekten Kandidaten, einen erfolgreichen Rechtsanwalt aus einer wohlhabenden Familie namens Heiner Senfft kennen, den sie nach einer 5-jährigen stürmischen Beziehung heiratete.

Obwohl die ersten Heiratsjahre nach den Geburten von Alexandra 1961 und Johann Heinrich 1965 glücklich waren, tauchten bald ernste Probleme auf. Es wurde klar, dass Erika an einem starken Minderwertigkeitskomplex litt: Als Mitglied einer verarmten und in Ugnade gefallenen Familie fühlte sich die Gesandtentochter im Freundekreis ihres Ehemannes, zu dem berühmte Persönlichkeiten wie Willy Brandt oder Romy Schneider gehörten, „nicht sonderlich gebildet oder analytisch“ (2008: 246) genug.

Dazu trug das komplexe politische Klima Ende der 60er Jahre bei. Es muss unterstrichen werden, dass die Familie Senfft nicht nationalsozialistisch gesinnt war, sondern eher das Gegenteil: So wurde z.B. Alexandras Kindermädchen entlassen, weil sie mit Neonazis sympathisierte. Trotzdem nahm die verbürglichte Erika als „feine Dame, die sich mit solchen Dingen nicht abgibt“ (2008: 247) an den Protesten 1968 nicht aktiv teil, was andererseits charakteristisch für diese Periode war: „Bekämpft wurden Personen, die für Träger der nationalsozialistischen Ideologie gehalten wurden oder es tatsächlich waren, aber die eigene Betroffenheit, der Niederschlag in der subjektiven Geschichte blieb ausgespart“ (2008: 232-233, siehe auch: Lebert, 2000: 163).

Allmählich begann Erika, ihre Sorgen in Alkohol zu ertränken und unterhielt mehrere außereheliche Beziehungen. Zusammenfassend kann man sagen, dass Erika eine neue Identität annehmen wollte, um sich von den Fesseln ihrer Vergangenheit, von den „strengen Gesellschaftsstrukturen, in denen sie aufgewachsen [war] und bis dato gelebt [hatte]“ (2008: 256) zu befreien. Zu dieser Zeit begann sie ihren dritten Vornamen Nora und ihren alten Familiennamen Ludin zu benutzen, auch wenn sie sich noch nicht von ihrem Mann hatte scheiden lassen (2008: 262). In Griechenland, wo sie ein Ferienhaus besaß und „niemand [...] nach

der Vergangenheit [fragte]“ (2008: 256), versuchte sie, ein neues Leben zu führen.

Erikas verstorbener Vater spielte bei dem Scheitern ihrer Ehe eine nicht zu unterschätzende Rolle. In den häufigen Streiten zwischen Erika und Heiner war von ihm oft die Rede: Heiner warf seiner Frau vor, die Wahrheit über ihren Vater nicht akzeptieren und verarbeiten zu wollen (2008: 260). Später, als er schließlich die Familienwohnung verließ, fing sie an, die gegen ihren Vater verdrängte Wut auf Heiner zu projizieren, was auch durch ihre Worte zu erkennen ist: Ihren Kindern Alexandra und Johann Heinrich „[legte] sie [...] dar, was für ein *Verbrecher* er sei – und überhaupt *an allem schuld*“ (2008: 269).¹³ So verdrehte sie bewusst die Wahrheit und stellte sich als Opfer dar.¹⁴ Man kann von einer ‚Retraumatisierung‘ sprechen: „Ein Knäbel von verwirrtem Emotionen ist sie, weil die alten Gefühle von Verlust wieder hochkommen. Das Trauma von 1947 hat sie [dreißig Jahre später] mächtig eingeholt. Sie verwechselt Heute und Gestern und tobt gegen die Dämonen ihrer Trauer an, die sie zu verschlingen drohen“ (2008: 276).

Nachdem sie sich von ihrem Mann hatte scheiden lassen und ihre Kinder in Internate im Ausland geschickt wurden, blieb Erika alleine. In den folgenden Jahren gelang es ihr in gewissem Maße, ihr Leben wieder aufzubauen und sich mit ihren tiefliegenden Problemen zu konfrontieren, obwohl sie das außerhalb des Familienkreises machte. Gegen Ende der 80er Jahre erzählte Erika einer fernen Freundin ihre ganze Geschichte und ihre Gefühle gegenüber ihrem Vater. Ihre Tochter Alexandra fühlte sich betrogen, als sie das viele Jahre später herausfand, aber andererseits konnte sie verstehen, warum ihre Mutter sich so verhielt: „Denn wenn sie es der Familie erzählt hätte, wäre sie von uns vermutlich belächelt, ignoriert oder zum Schweigen gebracht worden“ (2008: 298). Die Chance, mit ihr über ‚das Thema‘ zu reden, verlor Alexandra auf jeden Fall endgültig im Jahre 1998, als Erika nach einem Hausunfall starb.

Im Laufe des Buches wird nicht nur Erikas Leben eingehend geschildert, sondern auch viel über das Leben der Autorin Alexandra Senfft und ihren Umgang

¹³Eigene Hervorhebung.

¹⁴Diese Einstellung könnte einseitig und sogar zynisch klingen, aber eigentlich steht sie in Einklang mit der Tendenz der letzten Jahre, immer mehr Menschen wie „deutsche Soldaten, Widerstandskämpfer, Heimatvertriebene, Bombengeschädigte und Vergewaltigte“ unter der Rubrik *Opfer* zusammenzubringen und dadurch eine „universale Viktimisierung“ zu schaffen (Assmann, 2006: 74). Einige Autoren behaupten, dass „die Nazi-Kinder an einer Nahtstelle liegen zwischen Tätern und Opfern“ (Lebert, 2000: 184).

mit dem familiären Erbe gesagt. Eigentlich hat Alexandra lange Zeit wie ihre Mutter und der Rest der Familie agiert und ihren Freunden nur Halbwahrheiten über ihren Großvater erzählt oder sogar „den Halbsatz dazugenuschelt, den [sie] in der Familie so oft gehört [hatte]: dass Hanns Ludin auch einige Juden gerettet habe. Das erleichterte [...] [das] Bekenntnis ein wenig, weil es das unbewusste Schuldgefühl milderte“ (2008: 301).

Aus einem Vergleich zwischen den Leben von Erika und Alexandra ergeben sich auffallend viele andere Ähnlichkeiten: Beide haben wenig Zeit in der Kindheit mit dem Vater verbracht, ihn daher im wörtlichen oder im übertragenen Sinne verloren und sind danach als Jugendliche in ein Internat geschickt worden, was zu einer Entfremdung von der Elternwelt führte. Nicht nur bei Erla und Erika, sondern auch bei Erika und Alexandra wurden die Rollen von Mutter und Tochter gewechselt, obwohl dieser Rollentausch in jedem Fall anders realisiert wurde. Erika versuchte, die Rolle einer Mutter zu spielen, indem sie Erla „herum kommandiert[e] wie eine ungeliebte Untergebene, kritisiert[e] [...], war ungeduldig“ (2008: 287), aber es war nur Alexandra, die diese Rolle ernst nahm und außerdem ein Gleichgewicht in ihrem Leben finden konnte. Die Geschichte Alexandras ähnelt dadurch anderen

Lebensgeschichten, die sich dadurch auszeichneten, dass die Kinder schon früh Verantwortung für einen oder beide Elternteile übernehmen mussten und [in denen] eine Art Rollentausch (Kinder sorgen für die Eltern) stattfand. Während die Eltern zwar die Autonomie der Kinder einerseits zu fördern scheinen, fordern sie andererseits eine fürsorgliche Abhängigkeit. Diese Lebensgeschichten zeichneten sich dadurch aus, dass die ProtagonistInnen einerseits ein sehr starkes Autonomiestreben entwickelten, sich andererseits aber der Familie sehr stark verpflichtet fühlten. (Demuth, 2013: 12)

In diesem Sinne steht Alexandra für einen dritten Weg zwischen den gegenteiligen Einstellungen der meisten Täternachfahren, die „sich entweder für einen radikalen Bruch mit den Eltern [entscheiden], um ihr eigenes Leben zu leben und nicht kaputt zu gehen an dieser Geschichte, oder [...] sich für Loyalität und bedingungslose Liebe [entscheiden] und [...] das ganze Negative weg[lassen]“ (Ze'evi, 2011: 45:00, siehe auch: Rosenthal, 2010: 16).

Ein anderer wichtiger Unterschied zwischen Erika und Alexandra war der Umgang mit ihren jeweiligen Schuldgefühlen. Erika, die laut der Autorin über die Verbrechen ihres Vaters Bescheid wusste und trotzdem eine bedingungslose Liebe für ihn empfand, fühlte sich auch schuldig für diese Verbrechen und „[machte] sich

dabei durch ihr Verhalten tatsächlich irgendwie schuldig“ (2008: 315). Am Ende ihres Lebens wurde von einer Therapeutin nämlich bestätigt, dass sie „auf dem emotionalen Stand eines Kindes geblieben [war]“ (2008: 317).

Alexandra hat zwar ähnliche Gefühle gegenüber ihrer Mutter („Es ist ein ständiges Schwanken zwischen Kummer und Glück: verhasste Mammi, geliebte Mammi“, 2008: 290), deren Schuldgefühle sie in gewissem Maße geerbt hat („Persönliche Schuld für die Verbrechen der Nationalsozialisten habe ich nie empfunden. [...] Ich habe stattdessen stets die Verpflichtung gespürt, verantwortungsvoll und sensibel mit meiner Herkunft als Deutsche umzugehen“, 2008: 301-302), aber im Gegenteil zu ihr hat sie es geschafft, diese Gefühle zum Ausdruck zu bringen und eine befriedigende Auseinandersetzung mit der Familienvergangenheit zu erreichen.

Indirekt hat Hanns Ludin also sowohl das Leben seiner Tochter als auch das seiner Enkelin in vieler Hinsicht stark beeinflusst. Die Entscheidung für ihre Laufbahn (Islamwissenschaft mit Schwerpunkt auf dem arabisch-israelischen Konflikt) z. B. erklärt Alexandra folgendermaßen:

Ich denke, die unbewusste und bewusste Nähe zu meiner Vergangenheit hat mich in diese Region geführt – und das, was diese Vergangenheit in der Gegenwart aus mir gemacht hat. [...] Noch immer staune ich jedoch darüber, welche Umwege und Wege es gebraucht hat, die Geschichte meiner Familie und meine entsprechende Prägung mit meinen beruflichen Interessen und meinem politischen Ansatz in Verbindung zu bringen. (2008: 303)

Auch wenn sie meint, dass der Nahostkonflikt mit dem Zweiten Weltkrieg nicht zu vergleichen ist (2008: 303-304), gibt es einen roten Faden, der ihre Arbeit in beiden Bereichen verbindet: „Ich habe versucht zu integrieren, was bei uns getrennt war – ‚die Guten und die Bösen‘ [...], Opfer und Täter, Schuldige und Nicht-Schuldige, Starke und Schwache“ (2008: 302). Mit diesem Standpunkt kämpft sie gegen die aktuelle Tendenz, die israelischen Juden als neue „Täter“ – gegen die Palästinenser – zu bezeichnen (Levi/Rothberg, 2003: 429).

Wie die Analyse zeigt, entspricht das dem Ziel, das die Autorin im Prolog formuliert:

Ich möchte, dass meine Kinder frei von der überlieferten Schuld, der Scham und ohne die Last der Rätsel der Vergangenheit aufwachsen können. Sie sollen nicht im Zweifel leben und die Welt in Gut und Böse spalten, sondern lernen, beides als Teil des Lebens zu verstehen. Ich bin noch mit dieser Spaltung groß geworden und musste mir hart erarbeiten, diese vermeintlich gegensätzlichen Pole zusammenzubringen und die Ambivalenzen zu ertragen. Meine Kinder sollen ein gesundes Bewusstsein für Unrecht

entwickeln, ohne Projektionen und ohne alles über einen Kamm zu scheren und die Welt abermals in zwei Lager zu teilen, die vermeintlich nichts miteinander zu tun haben. (2008: 17)

2.2 Amon: Mein Großvater hätte mich erschossen von Jennifer Teege

Amon: Mein Großvater hätte mich erschossen (2013) ist das bisher einzige Buch der Werbetexterin und Designerin Jennifer Teege, Enkelin von Amon Göth (1908 – 1946), SS-Hauptsturmführer und ab 1944 Kommandant des polnischen Konzentrationslagers Plaszów, der vor allem wegen der Darstellung von Ralph Fiennes in Steven Spielbergs Film *Schindlers Liste* (1993) bekannt ist. Das Buch hat Teege zusammen mit der Journalistin Nikola Sellmair (*Stern*) geschrieben, was kein Einzelfall unter den Nazinachfahren ist, denn viele andere, wie Rudolf Höß, haben auch mit der Hilfe von professionellen Schriftstellern gerechnet, um ihre Zeugnisse zur Sprache zu bringen und – vermutlich – um Abstand zu gewinnen, damit die Erzählung nicht zu sentimental und einseitig wird. Im Wesentlichen ist *Amon* ein autobiografisches Werk, in dem dennoch unterschiedliche Stimmen ihren eigenen Platz finden.

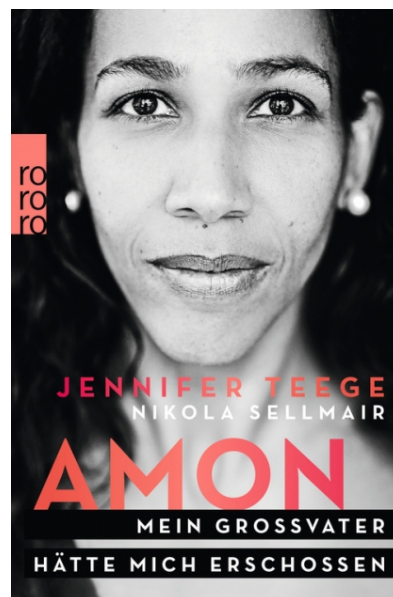


Abbildung 2: *Amon: Mein Großvater hätte mich erschossen* (Quelle: www.rowohlt.de)

Der Buchtitel und das Foto auf dem Umschlag verlangen keine weitere Erklärung: Im Gegensatz zu den meisten Nazinachkommen ist Jennifer Teege keine ‚Arierin‘ im nationalsozialistischen Sinne, sondern eine schwarze Frau, die von ihrem

Großvater hochwahrscheinlich als Untermensch gesehen werden würde. Trotz dieser Besonderheit hat der Titel ebenfalls mit einer Fantasie zu tun, die bei vielen anderen Nazinachkommen nachgewiesen ist, und zwar, dass sie von ihren nationalsozialistischen Verwandten getötet werden, entweder weil sie für „unworthy of life“ gehalten werden oder damit sie die Familiengeheimnisse nicht verraten (Rosenthal, 2010: 14-15).

Das ist aber nicht die einzige Eigenschaft, die Jennifer von den Anderen unterscheidet. Während die meisten Täterenkel bei ihrer leiblichen Familie aufwuchsen, wurde sie als uneheliches Kind kurz nach ihrer Geburt in ein Kinderheim gebracht und mit sechs Jahren adoptiert. Obgleich sie bis zu ihrer Jugend gelegentlich Kontakt mit ihrer leiblichen Mutter hielt, wurde das Thema weder bei ihrer leiblichen noch bei ihrer Adoptivfamilie, der die Identität von Jennifers Großvater nicht bekannt war, besprochen. Deswegen hat Jennifer die Wahrheit über Göth nicht als Jugendliche oder junge Erwachsene, sondern erst als 38-Jährige ganz zufällig entdeckt.¹⁵

Die Enthüllung des Familiengeheimnisses stellt den Ausgangspunkt des Buches dar: 2008 findet Jennifer Teege in einer Hamburger Bücherei ein Exemplar eines Buches, *Ich muß doch meinen Vater lieben, oder?* (2002), in dem ihre leibliche Mutter Monika Hertwig mit der Hilfe des Journalisten Matthias Kessler ihre Rolle als Nazitochter zu verarbeiten versucht.

Jennifers Leben wird anschließend in seinen Grundfesten erschüttert. Nicht nur wird das Trauma der Adoption und alles was dazu gehörte („das Gefühl der Wertlosigkeit“, Teege/Sellmair, 2013: 161; „Hoffnungslosigkeit und Einsamkeit“, 2013: 20) wiederbelebt, sondern die Rolle der Adoptivfamilie beim Schweigen bloßgestellt: Obwohl die leibliche Mutter Monika, die inzwischen geheiratet und eine neue Familie gegründet hat, niemals mit Jennifer, wohl aber mit Fremden¹⁶ über Amon Göth gesprochen und seit langem nicht mehr Kontakt mit ihr aufgenommen

¹⁵So unglaublich es auch klingen mag, ist das kein isolierter Fall: Dagmar Drexel (1953), Tochter eines für die Judenvertreibung in der Ukraine zuständigen SS-Offiziers, die in dieses Familiengeheimnis nicht eingeweiht war, stieß 1974 darauf, als sie eine Aktentasche ihres Vaters öffnete (Posner, 1991: 224-225).

¹⁶2006 wurde auf Monikas Initiative ein Dokumentarfilm, *Inheritance*, gedreht, der ihre Begegnung mit Amon Göths Hausmädchen in Plaszów, Helen Jonas-Rosenzweig, zeigte. Über den Film, den sie kurz nach dem Buch entdeckt, empört Jennifer sich: „Wieso nimmt sich meine Mutter die Zeit, einen Brief an Helen zu verfassen? Wieso schreibt sie nicht mir? Wieso fühlt sie mit Helen mit, aber nicht mit ihrem eigenen Kind?“ (Teege/Sellmair, 2013: 49).

hat, waren es eigentlich die Adoptiveltern, die größtenteils für das Schweigen verantwortlich waren, weil sie Postkarten und andere Geschenke für Jennifer von ihr geheimhielten und schließlich einen kompletten Kontaktabbruch forderten, damit Jennifer nicht zwischen den beiden Familien stehen würde (2013: 105-106, 154).

Der Fund des Buches löst also eine starke Identitätskrise aus, die zur Folge hat, dass Jennifer versucht, eine Bindung mit ihrer leiblichen Familie, die sie jetzt als ihre echte sieht, neu auf zu bauen. Es handelt sich um eine sehr gewöhnliche Reaktion unter Menschen, die einen Bruch mit ihrer „Ziehfamilie“ machen wollen (Demuth, 2013: 9), und hinter der ein Wunsch steckt, „eingebettet zu sein in eine Familientradition, die Halt und Sicherheit gibt“ (Jakob, 2012: 11). Eine Kontaktwiederaufnahme fällt ihrer leiblichen Mutter aber nach so langer Zeit schwer.

Mit ihrer Adoptivfamilie wird sie auch mit Problemen konfrontiert: Obwohl sie sich jetzt nicht weigern, über das Thema zu reden, können sie es nur aus einer sehr objektiven, für Jennifer fast unmenschlichen Perspektive betrachten. Wenn sie ihrem Adoptivvater, der als „sozial engagiert, politisch links und in der Friedensbewegung aktiv“ (2013: 37) beschrieben wird, eine Biographie von Amon Göth schenkt, ist seine Reaktion eher distanziert: „[Es] fehlen die Fußnoten, moniert [er]. Er fragt: Stimmt die Zahl der Toten mit der in anderen Quellen überein?“ (2013: 30). Insgesamt fühlt sich Jennifer, die als Deutsche seit ihrer Kindheit viel über den Nationalsozialismus gehört und gelesen hat und außerdem fünf Jahre lang in Israel als Studentin lebte, unverstanden und sieht sich plötzlich gezwungen, das Thema aus einem neuen, persönlichen Blickwinkel zu sehen.

Mit diesem Ziel im Kopf unternimmt sie eine Reise nach Polen, um den Schauplätzen von Göths Verbrechen möglichst nahe zu sein und dann Abstand von ihm halten zu können. Es handelt sich um eine Strategie, die bei vielen Nachkommen von KZ-Überlebenden nachgewiesen ist, und die hier eine ähnliche Rolle spielt: „Der Blick auf oder die Bewegung in eine Region, die von den Großeltern verlassen werden musste, ermöglicht den Enkel/inne/n, das Leben vor der Shoah wieder in die Familiengeschichte zu integrieren und gleichzeitig einen kritischen Blick auf das eigene Hier und Jetzt zu schaffen“ (Windsperger, 2013: 6).

Der Besuch des Konzentrationslagers Plaszów wird zu einem sehr entscheidenden Moment für Jennifers Auseinandersetzung mit ihrer

Familiengeschichte. Auch wenn sie das Denkmal für die im KZ ermordeten Juden „zu kühl, zu unkonkret“ (2013: 60) findet, weil es das Leiden der Opfer auf sehr abstrakte Weise darstellt, ist der Besuch eine heilsame Erfahrung. Nachdem sie einen Blumenstrauß vor das Mahnmal legt – eine symbolische Geste, die an den ‚Kniefall von Warschau‘ von Willy Brandt erinnert –, fühlt sie, „als sei eine schwere Last von [ihr] abgefallen“ (2013: 126). Die Polenreise hat aber eine andere Konsequenz, die noch dramatischer ist: Nach dem Besuch der berühmt-berüchtigten Villa, von deren Balkon Amon Göth ohne ersichtlichen Grund die Häftlinge im KZ erschoss, wird es Jennifer klar, dass ihrer geliebten Großmutter Ruth Irene Kalder (Göths Geliebte und Monikas Mutter), die sie bisher nur als harmlose und friedfertige Frau gesehen hatte, diese Grausamkeiten bewusst gewesen sein müssen.

Ab diesem Moment nimmt das Buch eine neue Wendung, und der Fokus wird auf Ruth Irene gerichtet, die schließlich verantwortlich dafür war, dass Göths Verbrechen in der Familie verschwiegen wurden.

Genau wie bei Hanns Ludin wurde Amon Göth von seiner ‚Witwe‘ Ruth Irene, die zwei Jahre nach Göths Hinrichtung offiziell seinen Familiennamen annahm (2013: 102),¹⁷ als ein distinguiert Nazi (ein „feiner Mann“ mit ausgezeichneten Tischmanieren, 2013: 40; „ein stattlicher Mann“, 2013: 55; ein „Wiener Gentleman, charmant, humorvoll“, 2013: 102) dargestellt, was aber in diesem Fall zu den Zeugnissen von Freunden und KZ-Überlebenden, die ihn als „jähzornig, grausam, unbeherrscht“ (2013: 55) beschrieben, in völligem Widerspruch steht. Schon zu Lebzeiten war ‚der Schlächter von Plaszow‘ wegen seiner Gewalttaten zu einem der am meisten verhassten Nazis in Osteuropa geworden, so dass er 1946 auf dem Weg zum Gericht in Polen von einer Menschenmenge fast gelyncht wurde, während Rudolf Höß, Kommandant des viel größeren Konzentrations- und Vernichtungslagers Auschwitz, der an seiner Seite ging, unbemerkt blieb (2013: 72). Die zweite Version wird von ihrer Enkelin als eine Tatsache akzeptiert: „Mein Großvater war ein Psychopath, ein Sadist. Er verkörpert all das, was ich ablehne“ (2013: 24).

Ruth Irene wird dagegen als eine komplexere Figur mit „Ecken, Kanten und Brüche[n]“ (2013: 75) geschildert. Eine begeisterte Nazi war sie auf jeden Fall nicht („ab und an versuchte [sie] halbherzig, Opfern [unter denen Göths Hausmädchen] zu

¹⁷Obwohl sie nicht miteinander verheiratet waren.

helfen“, 2013: 93), obwohl sie als Geliebte eines prominenten Nazis natürlich vom System profitierte und mehr hätte machen können, um den Juden zu helfen. Nach dem Krieg erfand sich die frühere Nazi-Mitläuferin als eigenständige und moderne Frau neu, die „die SPD gewählt [hat] und [...] eine Anhängerin Willy Brandts [war]“ (2013: 105). Zu ihrer Enkelin Jennifer war sie immer zärtlich und aufmerksam, „eine der ersten Bezugspersonen in [ihrem] Leben“ (2013: 89). Genau diese frappante Zweipoligkeit macht Jennifers Vergangenheitsaufarbeitung erheblich schwierig, denn ihr ist klar, dass ihre früher bewunderte Großmutter „Richtig und Falsch unterscheiden [konnte], [...] aber [...] zu egoistisch [war], um diesen inneren Konflikt an die Oberfläche zu holen“ (2013: 98). Laut Jennifer ist der Hauptunterschied zwischen Amon und Ruth Irene, dass die Letzte immer eine bestimmte Reue gefühlt hat, was zum großen Teil zu ihrem Selbstmord Anfang 1983 (ein Tag nach einem Interview mit einem Journalisten, der über Göth recherchierte) geführt hätte. Jennifers Gefühle gegenüber der Großmutter werden zutreffend von der Mitautorin Nikola Sellmair beschrieben: „Wenn Jennifer Teege von ihrer Großmutter spricht, wird ihre Stimme weich, ihre Augen strahlen. Sie schwankt zwischen Ablehnung und Zuneigung, Angriff und Verteidigung. An der Großmutter arbeitet sie sich ab“ (2013: 98-99).¹⁸

Die Untersuchung über Ruth Irene hilft Jennifer wiederum, ihre leibliche Mutter besser zu verstehen. Monika, die im November 1945 geboren wurde und daher ihren Vater nie kennen lernte, wurde erst als Jugendliche durch ein Gespräch mit ihrer Großmutter (Ruth Irenes Mutter) mit der Wahrheit über ihren Vater konfrontiert. Ruth Irene reagierte wütend: „Als Monika weiterfragte, schlug die Mutter auf sie ein“ (2013: 130). Nach dieser traumatischen Erfahrung verdrängte Monika jahrelang ihre Gefühle, bis sie schon im mittleren Alter schrittweise begann, sich mit ihrem Vater zu befassen. Jetzt spielt diese Auseinandersetzung eine zentrale Rolle in ihrem Leben: Genau wie die Kinder des Generalgouverneurs im besetzten Polen, Hans Frank, Norman und Niklas, die sich wie Marionetten ihres Vaters, der „immer noch die Fäden in der Hand [hat]“ (2013: 178), vorkommen, fühlt Monika, dass sie kein Recht auf ein glückliches, sorgloses Leben hat. Dies äußert sich durch ihr Engagement für die Bewahrung der Erinnerung an die Shoah.

¹⁸Hier kann man sehen, wie Nikola Sellmair es schafft, Gefühle von Jennifer zu schildern, die diese alleine nicht zum Ausdruck bringen kann.

Nach diesen Entdeckungen kann Jennifer sich in ihre Mutter hineinversetzen und ihr Verhalten nachvollziehen: „Ich sehe sie nicht mehr als Mutter, die ihr Kind verließ, sondern als Tochter von Amon Göth. Dieser Vater ist ihr Lebensthema, etwas, das ihre Identität ausmacht. Etwas, das sie so ausgefüllt hat, dass vielleicht kein Raum mehr war für andere Menschen, für die Mutterrolle, für mich“ (2013: 128).

Jennifers Aufarbeitungsprozess kulminiert schließlich in einer erfolgreichen Integration des Familienerbes in ihrem persönlichen Leben. Im letzten Teil des Buches erzählt sie, wie sie endlich den Mut fasst, das Thema offenkundig zu machen und mit ihren israelischen Freunden über ihre Herkunft zu reden.

Trotz des schon erwähnten uneinheitlichen Charakters des Buches, das aus zusammengesetzten Fragmenten von Jennifer Teege und Nikola Sellmair besteht, wird Jennifers Standpunkt im Laufe des Werkes sehr deutlich formuliert: Durch ihre Arbeit will sie nicht einen Beitrag zur theoretisch-geschichtlichen Kenntnis des Holocausts leisten, sondern ihre Geschichte benutzen, um einen persönlichen und nutzbringenden Dialog mit den KZ-Überlebenden und insbesondere mit den jungen Deutschen und Israelis zu etablieren, womit sie selbst auch „etwas Neues erfahren“ (2013: 263) kann. So entfernt sie sich z.B. vom wissenschaftlichen Ansatz ihres Adoptivvaters, hinter dessen Fixierung auf Daten und Opferzahlen eigentlich der Versuch steckte, seine eigenen Eltern, die „keine Parteimitglieder, aber Sympathisanten und Mitläufer“ waren, zu verstehen bzw. ihr Verhalten während des Krieges zu rechtfertigen (2013: 258). Diese Strategie der (Selbst)verteidigung wird von vielen Nazinachkommen geteilt, wie dieser Kriegsenkel erklärt:

Wenn man von der eigenen Familie, von den eigenen Leuten ständig so einen Quatsch [Lügen über die Nazis in der Familie] serviert bekommt, dann muss man sich irgendwann dazu verhalten... Da gibt es die verschiedensten Mechanismen, einer ist sicherlich, sich möglichst viel Faktenwissen ranzuschaffen, um besser argumentieren zu können. Dann kann ich sagen, das und das habe ich gelesen, und was Du sagst, ist einfach nicht richtig. [...] Aber die emotionale Ebene ist damit noch gar nicht gelöst... Da kann man zwanzig Jahre Geschichte studieren und hat es immer noch nicht im Griff. (Jakob, 2012: 10)

Zusammenfassend lässt sich sagen, dass Jennifer Teege danach strebt, ein harmonisches Gleichgewicht zwischen Fakten und Gefühlen zu finden: „Fakten sind wichtig, man braucht sie, um Dinge in der Tiefe zu verstehen. Aber wenn man nach den Fakten nichts mehr kommt, wenn man keine Bezüge herstellt und auf die Reflexion verzichtet, sind sie nicht viel wert: Man vergisst sie so schnell, wie man sie

gehört hat“ (2013: 260).

Diese subjektive und weltoffene Einstellung wird durch eine Distanzierung von den Großeltern, die von vielen Faktoren (die Kindheit bei einer Adoptivfamilie, das Studium in Israel, die vielen Vorkenntnisse über den Holocaust...) verursacht ist, ermöglicht. In der zweiten Generation ist dies aber nicht immer erreichbar: Bei Jennifers leiblicher Mutter sind die Schuldgefühle und der innere Konflikt immer noch so groß, dass sie eine moralische Verpflichtung gegenüber der ganzen Gesellschaft fühlt. Deshalb besucht sie Schulen und nimmt an Veranstaltungen teil, in denen sie über ihren Vater sprechen kann (2013: 180).

Jennifers Absicht ist dagegen viel beschränkter. Wenngleich sie das soziale Engagement ihrer leiblichen Mutter respektiert, will sie „den Nationalsozialismus nicht zu [ihrem] alleinigen Lebensthema machen“ (2013: 247). Anstatt ihr Leben der Gesellschaft zu widmen möchte sie „aufrecht gehen“ und „ein normales Leben führen“ (2013: 180). In diesem Lebensprojekt spielt die Erziehung ihrer zwei Kinder eine sehr wichtige Rolle. Auch wenn sie ihnen „Wärme, Geborgenheit. Normalität“ (2013: 234) anbieten will, will sie sie nicht vor einem möglichen Trauma durch das Schweigen schützen (was sowohl ihre leibliche als auch ihre adoptive Familien taten und sich später als eine fehlerhafte Entscheidung herausstellte), sondern befürwortet einen offenen und ehrlichen Umgang mit der Vergangenheit, damit die Geschichte sich nicht wiederholt. Noch einmal wird ein Vergleich zwischen dem Holocaust und dem Nahostkonflikten gezogen, diesmal mit dem Ziel, etwas Belehrendes für ihre Kinder herauszuziehen: „Wenn die Deutschen und ihre Verbündeten zu Mördern wurden, können auch wir zu Mördern werden. Wenn die Deutschen wegschauten, kann das auch uns passieren. Ich hoffe, dass meine beiden Söhne immer daran denken. Dass sie die Palästinenser immer als Menschen sehen werden und nicht als Feinde“ (2013: 255).

Durch diese einfache Integration der eigenen Familiengeschichte im Alltag macht Jennifer Tege etwas, was für die moderne Auseinandersetzung des Nationalsozialismus richtungsweisend aber nicht selbstverständlich ist: in die Zukunft anstatt in die Vergangenheit zu blicken.

2.3 Todleben: Eine deutsch-polnische Suche nach der Vergangenheit von Uwe von Seltmann

Todleben: Eine deutsch-polnische Suche nach der Vergangenheit (2012) ist nach *Schweigen die Täter, reden die Enkel* (2006) das zweite Sachbuch, in dem der Journalist und Schriftsteller Uwe von Seltmann sich mit der Geschichte seines Großvaters, des SS-Mannes Lothar von Seltmann (1917 – 1945), befasst. Früher hatte er nach dem Studium der Evangelischen Theologie schon einige Romane über die generationenübergreifenden Auswirkungen des Nationalsozialismus, wie *Karlebachs Vermächtnis* (2000), geschrieben. Wie die anderen Schriftsteller des Korpus hat Von Seltmann als junger Mann längere Zeit in Israel gelebt, und seit 2008 hat er sich als freier Publizist in Krakau niedergelassen.



Abbildung 3: *Todleben: Eine deutsch-polnische nach der Vergangenheit*
(Quelle: <http://gabiuwe.com/de/>)

Todleben ist im Rahmen des Projektes „Zwei Familien, zwei Vergangenheiten – eine Zukunft“, das von *Weiterdenken – Heinrich-Böll-Stiftung Sachsen* finanziert wurde, entstanden. Was dieses Buch von Von Seltmanns anderen Werken am meisten unterscheidet, ist die Tatsache, dass es auch von der Familie seiner polnischen Frau Gabriela, deren Großvater Michał Pazdanowski (1903 – 1944) im Holocaust starb, handelt. Die Ehe eines Täterenkels mit einer Opferenkeln könnte als *contra natura* erscheinen, aber eigentlich ist das kein Einzelfall unter den

Nazinachkommen, wie das Beispiel von Heinrich Himmlers Großnichte Katrin (1967), die ein Kind mit einem israelischen Juden hat, zeigt. Wie bereits in der Einleitung erwähnt wurde, gibt es viele gemeinsame Punkte, die diesen zwei Gruppen nahe zueinander bringen, wie z.B. „blocking out information about the family past, fear of extermination, separation anxiety, guilt feelings, impeded separation-individuation process, and acting out the past in fantasies and psychosomatic symptoms“ (Rosenthal, 2010: 13). Aber bevor man diese Gemeinsamkeiten eingehend analysiert, sollte man zuerst tiefer auf die Geschichten von Uwes und Gabrielas Großväter eingehen:

Lothar von Seltmanns Leben blieb lange Zeit von seiner eigenen Familie unerforscht, zum großen Teil weil er und seine Frau kurz vor Kriegsende starben – daher wuchsen ihre sechs Kinder, unter denen Uwes Vater Lothar (1943), in unterschiedlichen Pflegefamilien auf. Trotzdem verdient seine Lebensgeschichte besondere Aufmerksamkeit: Aus einer österreichischen Adelsfamilie stammend, schloss er sich als 14-Jähriger der Hitlerjugend an. Im Laufe der Zeit arbeitete Lothar sich zum SS-Obersturmführer hoch, und nach seiner Versetzung 1940 nach Lublin (Ostpolen) wurde er Herausgeber und Redakteur der Zeitschrift *Kolonistenbriefe*. Lothars Hauptaufgabe als Arbeiter der Volksdeutschen Mittelstelle bestand darin, „ein Gebiet [...], [das] von Ostpreußen bis nach Czernowitz reichte“ (Von Seltmann, 2012: 214), und das von Menschen germanischer Herkunft bewohnt war, durch unterschiedliche Mittel einzudeutschen. Obwohl Lothar, der von seinem Enkel als ein „Schreibtischmensch [...], ein Theoretiker, kein Praktiker“ (Brunner/Von Seltmann, 2006: 116-117) definiert wird, eine eher unauffällige Position im System hatte, war seine Militäreinheit für die Aussiedlung von mehr als 400.000 Menschen verantwortlich (Von Seltmann, 2012: 29). Weiterhin gibt es Indizen dafür, dass er an der Räumung des Warschauer Ghettos im April 1943 teilnahm (Brunner/Von Seltmann, 2006: 123,133-136). Seinem Enkel Uwe zufolge hätte Lothar im Frühjahr 1945 in der Nähe von Görlitz (Sachsen) Selbstmord begangen, um der Inhaftierung durch die Russen zu entkommen, obwohl das der offiziellen Version nicht entspricht (2006: 119, 171).

Was das Leben Michał Pazdanowskis und seiner Familie betrifft, kann man sagen, dass es in einigen Punkten parallel zu dem der Von Seltmanns ablief. Michał

Pazdanowski studierte Agrarwissenschaften in der Schweiz und an der Krakauer Jagielloner Universität, die damals als Bastion „des wissenschaftlichen Kampfes gegen das Deutschtum“ (Von Seltmann, 2012: 57) galt, und wurde später Direktor einer Schule in Żabie (heute Verkhovyna, in der Ukraine), die er selbst baute und in der er die neuesten landwirtschaftlichen Methoden anwendete. Im November 1942 wurde er in dieser Stadt von den Nazis festgenommen und nie wieder von seiner Familie gesehen. Vom Frühjahr 1943 bis März 1944 war er im KZ Majdanek bei Lublin (Ostpolen) eingesperrt. Die Umstände seines Todes sind genau wie bei Lothar von Seltmann nicht völlig klar, da die Information in den offiziellen Dokumenten im Widerspruch zu der von seinen Freunden steht, aber aus den Berichten seiner Mithäftlingen kann man davon ausgehen, dass er auf dem Weg nach Auschwitz im April 1944 starb (2012: 164-165).

Abgesehen von den vielen, oft überraschenden Gemeinsamkeiten zwischen diesen zwei Geschichten¹⁹, kann man davon ausgehen, dass es ein gewisses krankhaftes Interesse ist, was Uwe von Seltmann am Anfang dazu bewegt, im Jahre 2008 (zwei Jahre nach der Hochzeit mit Gabriela) über Michał Pazdanowskis Leben zu recherchieren: Obwohl diese Möglichkeit schnell ausgeschlossen wird, will er zunächst unbedingt wissen, ob sein Großvater Lothar womöglich Gabrielas Großvater hätte töten können, weil sie während des Krieges in den gleichen Städten gelebt hatten.

Diese Neugier wird von seiner Frau Gabriela anfangs nicht geteilt. Ihr Mangel an Interesse ist aber nicht nur der Schwierigkeit dieses Themas, das in Polen immer noch tabu ist, zuzuschreiben, sondern auch Gabrielas starken Gefühlen der Angst („die Angst, dass jederzeit ein Krieg ausbrechen könnte, und die Angst, fliehen zu müssen. [...] [Die] Angst [...], alles wieder zu verlieren, egal ob es geliebte Menschen seien oder Besitztümer“, 2012: 97) und der Wut gegenüber ihrem Großvater. Laut der Enkelin hätte er mit seiner ehrenhaften Entscheidung, nicht aus dem Konzentrationslager Majdanek mit der Hilfe eines Verwandten zu fliehen, damit seine Mithäftlinge keine Repressalien leiden würden (2012: 168-169), seiner Frau und seinen Nachfahren lebenslang geschadet. In diesem Sinne befindet sich Gabriela,

¹⁹Um nur ein Beispiel zu nennen: „[Lublin war] die Stadt, in der die steile SS-Karriere meines Großvaters ihren Anfang genommen hatte. Lublin – die Stadt, in der der Großvater meiner polnischen Frau gelitten und womöglich zu Tode gekommen war“ (2012: 136).

die am Anfang der Recherchen diese negativen Gefühle noch nicht aufgearbeitet hat, einen Schritt hinter Uwe, der durch seine ersten Romane und Sachbücher seine Schuldgefühle und den Hass gegen Lothar von Seltmann erfolgreich besiegte (2012: 19). Mit der Unterstützung ihres Mannes beginnt Gabriela aber allmählich, sich für die Geschichte ihres Großvaters zu interessieren.

Von Anfang an wird das Paar aber mit unzähligen Schwierigkeiten konfrontiert: Da Uwe der Zugang zu vielen Archiven verweigert wird und Gabrielas ältester Onkel und ihre Großmutter – die Einzigen, die sich gut an den Großvater erinnern konnten – seit langem verstorben sind, müssen Uwe und Gabriela unter nicht idealen Umständen versuchen, die wenigen vorhandenen Dokumente und Fotografien von Michał Pazdanowski zu entziffern und zu analysieren. Dieses Verfahren ist typisch für die *Postmemory*-Schriftsteller, die normalerweise die Vergangenheit aus Originaldokumenten und –gegenständen rekonstruieren. Das Problem ist, dass diese Informationsammlung sich manchmal als sehr kompliziert erweisen kann. Dazu ein Beispiel:

Der letzte Brief [Micha's] war vom 14. November 1942 datiert. Allerdings war er ein Fragment – jemand hatte den größten Teil weggeschnitten, sodass nur ein L-förmiger Rest geblieben war. Außerdem hatte Michał noch zweimal auf einer Art Butterbrotpapier geschrieben, mit Bleistift und so eng, dass die Zeilen ineinander übergingen, ohne eine Angabe von Datum und Ort. (Von Seltmann, 2012: 47)

Trotzdem kann diese Arbeitsmethode einige Vorteile mit sich bringen. Im Gegensatz zu den offiziellen Dokumenten, die oft nur vage und allzu objektive Daten enthalten, können Briefe oder Tagebücher persönliche Informationen vermitteln, die das Interesse der Suchenden erwecken. In diesem Fall war das so: „Über das Datum der Ankunft im Lager und über die näheren Umstände der Einlieferung könnten keine Angaben gemacht werden. Damit wussten wir mehr als das Archiv: Wir besaßen eine Postkarte Michał Pazdanowskis vom 1. März 1944“ (2012: 78). Diese Postkarte wirkte also als Katalysator für die Reise durch Osteuropa, die Uwe und Gabriela anschließend unternahmen, um die Orte zu besichtigen, an denen ihre Großväter während des Krieges lebten oder arbeiteten.

Diese Reise, die in Krakau beginnt und in Richtung Żabie/Verkhovyna weitergeht, ist von Anfang an auch nicht ohne Schwierigkeiten. Für den „puritanisch-pietistisch erzogenen“ (2012: 40) Uwe bedeutet das Eindringen ins Herz

Osteuropas²⁰ einen tiefen Kulturschock („Auf welches verminten Gelände hatten wir uns begeben?“, 2012: 107). Es handelt sich nämlich um eine isolierte Gegend, in der trotz aller politischen Veränderungen im letzten Jahrhundert sich eigentlich nicht viel verändert hat. Uwe wird dementsprechend sehr oft als ein gefährlicher Outsider angesehen, der zu tief in der Vergangenheit wühlen will und „den Ort ganz schön in Aufruhr versetzt“ (2012: 205), weil er „als Deutscher überhaupt kein Recht hätte, die Geschichte eines von Deutschen ermordeten Polen zu recherchieren“ (2012: 107).

Uwes Bemühungen, um die Vergangenheit ans Tageslicht zu bringen, stehen eigentlich in Einklang mit der Vision von vielen zeitgenössischen Historikern, nach der viele „bedeutende deutsche Geschichtsorte“ sich „außerhalb seiner Grenzen [befinden]“ (Süss, 2017: 21), aber sie stoßen gegen die vorherrschende Mentalität in Osteuropa, wo bis zum Zerfall der Sowjetunion von einer Gedenkkultur in Bezug auf die jüdischen und polnischen Opfer des Zweiten Weltkriegs keine Rede war (2017: 17). Während es allgemein akzeptiert wird, dass „Deutschland im Hinblick auf die Aufarbeitung der NS-Verbrechen seine Hausaufgaben erledigt und den Boden für eine selbstkritische Geschichtsbetrachtung bereitet [hat]“ (2017: 131), ist das in Osteuropa eher das Gegenteil: Anstatt die Vergangenheit in der Öffentlichkeit sichtbar zu machen, wird sie immer mehr unter den Teppich gekehrt.²¹

Wenngleich Uwe im ersten Teil des Buches ab und zu die deutsche Gedenkkultur infrage stellt („Hier [Bidart, Südfrankreich] ließ es sich leben, hier [...] war eine Leichtigkeit des Seins, wie ich sie schon lange nicht verspürt hatte. [...] Nirgendwo mussten Gedenktafeln und Erinnerungsstellen errichtet werden, um Orte und Menschen vor dem Vergessen zu retten“, 2012: 88), ist seine kritische Haltung gegenüber der mangelhaften osteuropäischen Erinnerungskultur am Ende ganz deutlich. So erzählt er, wie er und Gabriela gegen das Ende ihrer Reise versuchen, alte jüdische Friedhöfe, die „größer als ein Fußballfeld“ (2012: 246) sind, zu

²⁰Diese historische Landschaft, die Teile Polens, Russlands, der Ukraine und anderer osteuropäischen Länder umfasst und die als wichtigster Schauplatz für die Verbrechen Nazideutschlands und der Sowjetunion diente, wird heutzutage von einigen Historikern nach dem gleichnamigen Werk (2010) des US-amerikanischen Historikers Timothy T. Snyder (Yale University) *Bloodlands* genannt.

²¹Im März 2018 wurde in Polen ein Gesetz verabschiedet, nach dem „unter Strafe verboten [wird], der polnischen Nation die Verantwortung oder Mitverantwortung für vom nationalsozialistischen Deutschland begangene Verbrechen zuzuschreiben. Es kann auch bestraft werden, wer die von Deutschen während des Zweiten Weltkriegs im besetzten Polen betriebenen Vernichtungslager als polnische Vernichtungslager bezeichnet“ (*Die Zeit*, 1. März 2018).

besuchen. Einige sind aber nicht zu finden, weil sie von der Regierung derart vernachlässigt wurden, dass sie jetzt von allen vergessen sind („Es hat drei Tage gedauert, bis wir herausgefunden hatten, wo das Mahnmal stand“, 2012: 247), was das Gegenteil von deutschen Mahnmälern wie z.B. das Berliner Denkmal für die ermordeten Juden Europas, das im Zentrum der deutschen Hauptstadt steht, darstellt.

Insgesamt wird durch Uwes Reise die politisch-ideologische Teilung des Kontinentes gezeigt, die sich nach dem Zweiten Weltkrieg verschärfte, und die zur Folge hatte, dass den heutigen Deutschen „Mallorca [...] näher gerückt als Prag und Miami vertrauter als Warschau oder Budapest“ (2017: 204) sind. Diese Teilung bedeutete also das Ende des jahrhundertelangen kulturellen Kontinuums zwischen Ost- und Westeuropa – ein Thema, das für viele deutsche Autoren der dritten Generation immer noch von großer Relevanz ist.²²

Diese Reise bietet Gabriela schließlich auch die Gelegenheit, sich mit ihrem Großvater zu versöhnen. Während ihres Aufenthaltes in Żabie/Verkhovyna versteht sie endlich, wie Michał Pazdanowskis Opferbereitschaft vielen Menschen geholfen hat: „Man könne ohne Übertreibung sagen, dass Michał Pazdanowski das Leben von Tausenden Huzulen [das Volk, das in dieser Gegend wohnt] gerettet habe. Weil er die Schule so stabil erbaut habe, dass sie heute als Krankenhaus genutzt werden könne, und weil er neue landwirtschaftliche Methoden eingeführt habe, die den Huzulen unbekannt gewesen seien“ (2012: 130); „Und auch wenn er nur wenige Jahre in Żabie gewesen sei, die Folgen seines Wirkens seien bis heute spürbar“ (2012: 208).

Obwohl die Auseinandersetzung mit Uwes Großvater wie bereits erwähnt in diesem Werk nicht im Vordergrund steht, taucht Lothar von Seltmanns „Phantom“ (2012: 13) ständig auf: „Es war seltsam: Je länger ich nach Michał Pazdanowski suchte, desto mehr fand ich meinen Großvater – in Lublin, in Krakau, in Lemberg, in den Karpaten und auch im Bundesarchiv in Berlin, in dem so viele Dokumente über ihn lagern, dass ich dort drei Tage verbrachte“ (2012: 153).

Die Komplexität des Buches, in dem die Leben von Lothar von Seltsmann und

²²Im Buch *Kriegsenkel* (2009) zeigt die Journalistin Sabine Bode, wie oft Enkel von Vertriebenen aus Danzig und anderen osteuropäischen Gegenden, die früher zum Deutschen Reich gehörten, die Traumata ihrer Großeltern geerbt haben.

Michał Pazdanowski sich immer wieder verwickeln, spiegelt sich auch auf der linguistischen Ebene wider. *Todleben* ist in Deutsch abgefasst, aber es werden auch manchmal Dialoge auf Englisch und Polnisch eingefügt. Das Englische ist die neutrale Ebene, auf der sich Uwe und Gabriela am Anfang des Buches verständigten, weil Uwes Kenntnisse der polnischen Sprache zu dieser Zeit sehr oberflächlich waren, während für Gabriela das Deutsche „die Sprache des Krieges und der Besatzer“ war, die sie mit Sätzen wie „Hände hoch, polnische Schweine!“, „Kennkarte raus!“ oder „Arbeit macht frei“ (2012: 24) assoziierte. Trotz dieser anfänglichen Unfähigkeit, in einer ihrer zwei Muttersprachen zu kommunizieren, kulminiert Uwes „Suche nach einer brauchbaren Sprache“ (Süss, 2017: 48) in der Aneignung des Polnischen als Alltags- und Arbeitssprache – was nicht bedeutet, dass er auf seine deutsche Identität verzichtet, sondern, dass er die Kultur seiner Frau auch als seine eigene annimmt.

Im Übrigen wird im ganzen Buch eine literarische, symbolische und metaphorienreiche Sprache verwendet, die das Unsagbare und das Unzugängliche auszudrücken versucht, was laut Holocaust-Experten wie Lawrence L. Langer dazu dient, die Grausamkeit des Themas näher zu bringen (Levi/Rothberg, 2003: 354-359) und die „vast imaginative space separating what he or she has endured from our capacity to absorb it“ kleiner zu machen (Levi/Rothberg, 2003: 356).

Zusammenfassend lässt sich sagen, dass die *deutsch-polnische Suche nach der Vergangenheit* erfolgreich ist, in dem Sinne, dass Uwe und Gabriela die Konflikte mit ihren jeweiligen Großvätern lösen und ihren „eigenen Lebensort“ finden:

Eine zentrale Entdeckung [für die Nazinachkommen] ist der eigene Lebensort. Lebensort beschreibt jedoch keinen geographischen Platz, sondern einen inneren, geistigen Ort. Er umfasst das eigene Selbstverständnis und etwas darüber Hinausgehendes, nämlich die eigene Herkunft und Prägung, die eigene Geschichte im Verbund mit der Familiengeschichte und im Kontext der Ahnenreihe. Wo ist es unbedingt sinnvoll, zu sein? (Süss, 2017: 167)

Die Bindung zwischen Uwe und Gabriela steht symbolisch für das jahrhundertlang ‚harmonische‘ deutsch-polnische Zusammenleben, das vor dem Zweiten Weltkrieg existiert hatte. Seine Absicht, die in diese Richtung geht, formuliert Uwe deutlich am Ende des Buches: „Die Familien Pazdanowski und von Seltsmann stehen nur exemplarisch für zahllose andere Familien, die lernen müssen, mit einer belastenden Vergangenheit umzugehen“ (2012: 308).

2.4 Das Erbe des Kommandanten von Rainer Höß

Das Erbe des Kommandanten (2013) ist das einzige Buch von Rainer Höß, Enkel des Auschwitz-Kommandanten Rudolf Höß (1900 – 1947). Der Untertitel lautet „Rudolf Höß war der Henker von Auschwitz. Er war mein Großvater. Geschichten einer schrecklichen Familie“. Vom Münchner Institut für Zeitgeschichte unterstützt, hat Rainer Höß das Buch in Zusammenarbeit mit den *Stern*-Reportern Petra Schnitt und Jörn Voss geschrieben, was laut dem Psychotherapeuten Jürgen Müller-Hohagen, der den Epilog schrieb, dazu dient, „Distanz einigermaßen gewinnen zu können“ (Höß, 2013: 175).



Abbildung 4: *Das Erbe des Kommandanten*
(Quelle: <http://www.belleville-verlag.de>)

Rainer Höß ist der einzige Autor im Korpus, der einen leicht erkennbaren Nachnamen hat. Obwohl die meisten Nazinachkommen mit diesem Problem normalerweise versuchen, sich zu tarnen, um nicht „wie Tiere im Zoo“ (Lebert, 2000: 210) behandelt zu werden, macht Rainer Höß keinen Hehl daraus: „Gut, ich hätte meinen Namen ändern können, wie es mein Großvater empfohlen hat [...] Sollte ich dem Rat des Großvaters folgen? [...] Gerade von dem wollte ich mir aber nun doch wirklich nicht sagen lassen, was ich zu tun und zu lassen habe“ (Höß, 2013: 161). Ein anderer wesentlicher Unterschied zu den übrigen Autoren im Korpus ist, dass Rainers Großvater seine *Autobiographischen Aufzeichnungen*, die erst im Jahre 1963 veröffentlicht wurden, kurz vor seinem Tod anfertigte und dadurch seine

Darstellung der Ereignisse für die Nachwelt hinterließ. Diese Memoiren haben einen hohen historischen Wert, nicht nur weil sie Informationen aus erster Hand über die nationalsozialistischen Konzentrationslager enthalten, sondern auch als Mittel, um einen tiefen Einblick ins Gehirn eines Massenmörders zu bekommen.²³ Das steht im Widerspruch zu den Großeltern der anderen Autoren, von denen oft nur vestreute Daten aus unzuverlässigen Quellen vorhanden sind.

Die Figur von Rudolf Höß ist allgemein bekannt. Aus einer bürgerlichen Familie stammend, gehörte er als junger Mann zu den Artamanen, einem völkischen Bund, der aufgrund seiner Ideen von Blut und Boden als ideologischer Vorläufer der Nazis gilt. Zwischen 1934 und 1939 übte er unterschiedliche Funktionen in den Konzentrationslagern Dachau und Sachsenhausen aus, bevor er im Mai 1940 zum Kommandanten des berüchtigten Konzentrations- und Vernichtungslagers Auschwitz, in dem zwischen 1,5 und 2 Millionen Menschen ums Leben kamen, befördert wurde. Als Kommandant des größten Lagers im Deutschen Reich trug er neben anderen die Hauptverantwortung für die Durchführung der ‚Endlösung der Judenfrage‘. Nach der deutschen Niederlage gelang es ihm, sich für einige Zeit in Flensburg (Schleswig-Holstein) unter einem falschen Namen zu verstecken, aber schließlich wurde seine Frau von den Briten dazu gezwungen, seinen Aufenthaltsort zu verraten. Wie Hanns Ludin wurde er im Land, in dem er seine Verbrechen begangen hatte, gerichtet und zum Tode verurteilt. Im April 1947 wurde er in Auschwitz erhängt.

Obwohl Rudolf Höß neben anderen Nazis wie Adolf Eichmann oder Heinrich Himmler als Inbegriff des Bösen gilt, wurde in seiner Familie nach dem Krieg ein ganz unterschiedliches Bild von ihm vermittelt, und zwar als verantwortlicher und liebevoller Vater, der „sich im Kinderzimmer mit seinen Söhnen und Töchtern aufs Sofa gelümmelt, [...] mit ihnen gekuschelt, [...] sie gekerzt und geküsst [hat]“ (Höß, 2013: 138). Hier lässt sich ein typisches Muster erkennen, „demzufolge die Täter zwei verschiedene ‚Ichs‘ besessen oder ausgebildet hätten, ein normales Gutes, das sie etwa als Familienväter bewahrten, und ein neues, das Auschwitz-Ich des Massenmörders“ (Wrochem, 2016: 48).

Im Gegensatz zu Rudolf Höß wird sein Sohn Hans-Jürgen (1937), Rainers Vater, als ein strenger ‚Rabenvater‘ geschildert. Als Kind in Auschwitz hatte er die

²³Auch wenn sie nur wenig überzeugende Argumente enthalten, da Höß als Grund für seine Taten sich immer auf den Befehlsnotstand berief.

Gewalttaten, die zum Alltag des Nationalsozialismus gehörten, verinnerlicht und als normal gesehen. Später war die Erziehung seiner Kinder von dieser Brutalität geprägt. So sagt der Autor Rainer Höß: „Ich bin zwar 1965 auf die Welt gekommen, aber von der antiautoritären Erziehung der 68er habe ich absolut nichts abgekriegt. Dafür jede Menge Schläge und Regeln und, vor lauter Nicht-Reden-Können, so was wie einen familiären Autismus“ (Höß, 2013: 32). Ein Familiengespräch über die Rolle des Großvaters im Krieg kam nicht infrage: „Es war für uns nie die Diskussion auf dem Schoß zu sitzen wie bei meinen Kindern“ (Ze'evi, 2011: 00:21:40). Heute hat Rainer keinen Kontakt mehr zu seinem Vater und er weiß nicht einmal, wo er jetzt lebt.

Stattdessen hatte Rainer eine enge Beziehung zu dem ehemaligen Fahrer seines Großvaters in Auschwitz Leopold Heger, ‚Leo‘, der im Laufe der Zeit zu einer Art „Ersatzopa“ (Höß, 2013: 14) für ihn wurde. Aus den Erzählungen von Leo, der Rudolf Höß verehrte, stellte Rainer ein einseitiges Porträt seines Großvaters als „Tierfreund und Naturbursche“ (2013: 13) zusammen, das nur seine positiven Aspekte hervorhob. Auch als Rainer mit 12 Jahren die Wahrheit über den Lagerkommandanten in der Schule erfuhr (Ze'evi, 2011: 00:01:30) und Leo als alter Nazi entpuppt wurde, konnte er nicht aufhören, ihn zu lieben, denn Leo war die wichtigste Bezugsperson in seiner Kindheit gewesen:

Leo war [...] der Mensch, der mir bis ins Jugendalter die Welt erklärt hat. Seine Ansichten über Arbeitsmoral und Pflicht haben sich natürlich in irgendeiner Ecke meines Kopfs eingenistet. [...] Noch jetzt, mit 47, schrecke ich manchmal auf: Was hab ich denn da gedacht oder, schlimmer noch, leichtfertig gesagt. Das hätte ja der Leo sagen können! [...] Leo war in diesem ganzen Beziehungsgeflecht der Höß-Familie die Figur, die ich am liebsten hatte und die mich am meisten beunruhigte – bis heute.“ (2013: 78-79)

Die Tatsache, dass Leo nach dieser Entdeckung eine beliebte Figur für Rainer blieb und dass seine Ansichten Rainer sein ganzes Leben lang begleitet haben, ist sehr interessant. An diesem Punkt kann man sich mehrere Fragen stellen: Hätte Rainer seinen Großvater auch geliebt, wenn er ihn gekannt hätte? Hätte er dann seine Motivationen besser verstehen können? Vielleicht nicht. Allerdings liegt die Vermutung nahe, dass der Hass, den Rainer gegen seinen Großvater empfindet, sehr eng mit seiner Abwesenheit zusammenhängt. Hätte Rainer als Kind eine sentimentale Bindung zu ihm entwickelt, dann wäre es ihm schwerer gefallen, sich später mit ihm auseinanderzusetzen, wie dies unter den Angehörigen der zweiten

Generation häufig passiert ist.

Leo war nicht der Einzige, der Rudolf Höß in einem günstigen Licht präsentierte. Zur Gestaltung dieses Bildes trug auch die verwitwete Großmutter Hedwig Höß als „Trägerin des Familiengedächtnisses“ (Wrochem, 2016: 235) erheblich bei. Man sollte auf keinen Fall die Wichtigkeit der „Gattinnen in der zweiten Reihe“ (2013: 117) unterschätzen. Diese Matriarchinnen, die während des Krieges „aus dem traditionellen Raum des Weiblichen heraus [geholt]“ (2016: 96) wurden, spielten in der Nachkriegszeit sehr oft eine führende Rolle in ihren jeweiligen Familien: „Diese Frau ließ nie locker. Wann immer sie einen Raum betrat, war damit das Zepter vergeben, der beste Platz besetzt, die Hab-Acht-Stellung der anderen Anwesenden gesichert. Oma Hebdich, die Generalissima“ (2013: 98). Obwohl Hedwig Höß sich als verarmte Vertriebene aus dem Osten, die zusammen mit ihren Kindern „nach der Flucht halbtot ‚auf dem Donn‘ angekommen [war], mit ganz wenig Gepäck, eigentlich nur dem, was sie auf dem Leibe trugen“ (2013: 99), darstellte, entsprach das überhaupt nicht der Wahrheit, denn „kurz darauf folgte ein LKW, der die ‚Habseligkeiten‘ der Familie Höß brachte [...] Ein ganzer Packen Felle wurde ausgeladen, feine Lederkoffer, Körbe mit Esssachen und französischem Cognac, Marke ‚Remy Martin‘“ (2013: 100).

Dieses zynisches Verhalten und die Brutalität,²⁴ die Hedwig an ihre Kinder weitergab, schuf eine unüberwindbare Barriere zwischen ihr und ihrem Enkel, der sich nichts vormachen ließ. Der Misserfolg des Familiendialogs zeigt sich darin, dass Rainer Höß heute seinen Opa als „heuchlerische[n] Großvater“ (2013: 122), „wehleidige[n] Duckmäuser“ (2013: 31) oder sogar als „Teufel“ (2013: 66) bezeichnet. Verständnis oder Mitleid empfindet er überhaupt nicht: „Ich kenne ja die letzten Briefe von ihrem Rudolf. Was für ein pathetisches Gesülze voller Weh und Ach“ (2013: 99). In diesem Sinne kann man sagen, dass Rainer Höß sich wie andere Nazinachkommen (z.B. Niklas Frank) im Umgang mit seinem Großvater für den „Weg des Hasses“ (Lebert, 2000: 110) entschieden hat.

Trotzdem verspürt Rainer unwillkürlich den Wunsch, „sein Leben doch irgendwie [zu] begreifen. Was hat ihn dazu getrieben, Millionen Menschen umzubringen?“ (2013: 78). 2009 war Rainer, begleitet von seiner Mutter und Leuten

²⁴ „Sie war eine Oma, die hinlangt, nicht eine Oma, die Gute-Nacht-Geschichten vorliest oder mit den Enkeln Spiele spielt“ (2013: 98).

„aus der anderen Seite“ (2013: 27), zum ersten Mal in Auschwitz. Er wollte in erster Linie die Kommandantenvilla, die nur einige hundert Meter vom Krematorium und anderen Vernichtungseinrichtungen entfernt steht, und den Hinrichtungsort seines Großvaters – „den besten Ort in Auschwitz“ (2013: 28) – besichtigen. Das war nur der Anfang seiner Karriere als ‚professioneller‘ Täterenkel: Heute besucht er Schulen, um dort von seiner Erfahrung zu berichten und vor den Gefahren des Rechtsextremismus zu warnen. Außerdem führt er regelmäßig Gespräche mit Shoah-Überlebenden, unter ihnen Jozef Paczynski, Friseur der Familie Höß in Auschwitz, und nimmt an politischen Kampagnen gegen das Wiederaufleben des Rechtsextremismus in Europa teil.²⁵

Dieses Engagement wird aber nicht von allen positiv bewertet, und Rainer ist mehrmals wegen seines Zornes gegenüber seinem Großvater in Schwierigkeiten geraten. Während einer Besprechung mit israelischen Schülern wurde er einmal gefragt, was er machen würde, wenn er seinen Großvater treffen könnte. Seine Antwort war kategorisch: „Oh, you want to hear that, what I would do? I would kill him myself“ (Ze’evi, 2011: 01:04:20).²⁶ Über diese Antwort reflektiert Rainer im Buch: „Ein paar Schüler klatschten. Ich hab’ das genossen und kam mir ziemlich cowboymäßig vor. Nachts, im Bett, bekam ich feuchte Hände, als ich daran dachte. Was für eine dumme, angeberische Antwort. Was soll das heißen, ich würde ihn töten? Wollte ich etwa, genau wie mein Großvater, über Leben und Tod entscheiden?“ (2013: 160). Man hat auch seine angebliche Gleichgültigkeit gegenüber den Nazi-Opfern kritisiert, worauf er mit seiner charakteristischen Aufregung im Buch antwortet:

Was für ein Bullshit! Man kann ja viel über mich sagen, und im Internet stand allerhand gehässiges Zeug – okay, ich rede zu viel, oft Unüberlegtes, ich rege mich schnell über Peanuts auf, manchen Leuten erscheine ich wichtigtuerisch. Ja, ich weiß, ich habe ein paar Macken. Aber dass ich Nazi-Opfern hochmütig wäre oder begegne – nein. (2013: 159)

Trotz seiner Fehlererkennungen haben diese Art Aussagen einige israelische und deutsche Journalisten dazu geführt, Rainer Höß als ein Opportunist zu schildern,

²⁵Siehe dazu: *Never Forget. To Vote. - A Nazi-free Europe, feat. Rainer Höss*: https://www.youtube.com/watch?v=KicA_0LNrsw [Letzter Zugriff: 27.05.2018]

²⁶Interessanterweise stellt diese Antwort das Gegenteil vom Titel des zweiten Buches im Korpus (*Amon: Mein Großvater hätte mich erschossen*) dar. Wie bereits in der Einleitung erwähnt, kann das als ein Zeichen dafür interpretiert werden, dass die Angehörigen der dritten Generation sich eher aktiv als passiv fühlen.

der nur versucht, Gewinn aus seiner Familiengeschichte zu ziehen.²⁷ Man könnte auch darüber streiten, ob er durch seine Arbeit einfach versucht, sich selbst zu viktimisieren („Schläge war ich von daheim gewohnt, aufmerksame Zuwendung nicht, und die habe ich zweifellos auch bei dieser Geschichte genossen“, 2013: 161) und dadurch seine Kindheitstraumata zu heilen oder sogar diese Traumata mit den Erfahrungen der jüdischen Opfern gleichzustellen, was man vielen Opfer- und Nazinachkommen oft vorgeworfen hat (Hirsch, 2012: 20).

Wir könnten also von einer Banalisierung oder sogar von einer ‚Verkitschung‘ des Themas sprechen, denn Rainer Höß hat in den letzten Jahren alles Mögliche getan, um Aufmerksamkeit zu erregen: Beispiele wären die barbusigen Fotografien im KZ Buchenwald, in denen seine Tätowierungen vom Davidstern und vom Satz „Never Forget“ zu sehen sind.



Abbildung 5: Rainer Höß, 2015 vor dem Stacheldraht im KZ Buchenwald fotografiert (Quelle: <https://edition.cnn.com>)

Andererseits kann man nicht leugnen, dass Rainers Arbeit zur Bewahrung der Erinnerung an die Shoah positiv beigetragen hat. Da weder sein Vater noch seine Großmutter sich darum kümmern wollten, „bekam [er] [in den 90er Jahren] Generalvollmacht über den Nachlass [s]eines Großvaters“ (2013: 168), der aus „unveröffentlichte[n] Fotos von Auschwitz, persönliche[n] Briefe[n], d[em] vollständige[n] Manuskript seiner Lebensbeichte, mit SS-Runen verzierte[n]

²⁷In dieser Hinsicht sprechen einige Holocaust-Experten über „Shoah-Business“ (Henryk M. Broder) oder „Holocaust Industry“ (Norman G. Finkelstein).

Geschenke[n] von Nazigrößen wie Himmler“ (2013: ebenda) besteht, und den er inzwischen dem Münchner Institut für Zeitgeschichte gespendet hat. Auf diese Weise wird abgesichert, dass „der Nachlass jetzt wissenschaftlich ausgewertet werden“ (2013: ebenda) kann.

Insgesamt lässt sich sagen, dass Rainer Höß durch sein Buch und seine übrigen Tätigkeiten versucht, einen informellen Dialog mit dem Publikum zu führen, der sich von der Sachlichkeit des wissenschaftlichen Diskurses entfernt. In dieser Hinsicht muss auf den Gebrauch der Sprache in *Das Erbe des Kommandanten* hingewiesen werden: Genau wie bei Uwe von Seltmann – dem dritten Autor im Korpus – kann man hier von der Suche nach einer „brauchbaren Sprache“ (Süss, 2017: 48) sprechen, die sich aber anders realisiert: Mit seinem umgangssprachlichen und ironischen Schreibstil versucht Rainer, der „kein Akademiker“ (2013: 30) ist, den Bruch zwischen der Vergangenheit und der Gegenwart zu überwinden – ein Problem, mit dem viele Opfer- und Nazinachkommen beim Abfassen ihrer Zeugnisse konfrontiert werden.²⁸ Interessanterweise gibt es in diesem Buch keine Spuren der Mitautoren wie bei der zweiten Autorin im Korpus Jennifer Teege, was uns dazu auffordert, über den Diskurs in dieser Art Werke zu reflektieren: Sollten sie sorgfältig bearbeitet werden, um unangebrachte Abschweifungen vom Thema und damit eine mögliche Banalisierung zu vermeiden? Oder sollten sie spontan ausgedrückt werden, um den Standpunkt der Nazienkel besser zu vermitteln?

²⁸Ich verweise hier auf die Aussage einer Frau, deren Großvater der SS-Totenkopfverbände anhörte: „Ich würde gern beschreiben, wie es mir erging, als ich von Großvaters KZ-Einsatz erfuhr, aber ich kann es nicht. Dafür müsste ich Literatin sein“ (Bode, 2008: 119). Dieses Problem ist von vielen Autoren angedeutet worden: „Writers of Holocaust testimonies face a horrifying reality: they are confronted by the demand to give voice to something they can barely comprehend“ (Bernard-Donals, 2014: 205).

3. SCHLUSSBEMERKUNG

Die Analyse der vier Werke des Korpus hat uns ermöglicht, die Frage, die am Anfang dieser Arbeit formuliert wurde („Inwieweit stellen die Werke dieser Menschen einen Meilenstein in der Vergangenheitsaufarbeitung dar?“)²⁹ zu beantworten.

Als Erstes muss man sagen, dass die Tatsache, dass diese Autoren sich zu Wort gemeldet haben und dadurch das familiäre Schweigen gebrochen haben, schon viel über ihre Bereitschaft zur Veränderung und ihr Engagement verrät. In diesem Sinne kann man bei allen Autoren von einem Willen zur Wiedergutmachung sprechen, der sich auf unterschiedlichen Ebenen zeigt: von dem Schreiben eines Buches (in allen Fällen) bis zur Wahl einer bestimmten beruflichen Laufbahn (Alexandra Senfft). Bemerkenswert ist auch, dass einige dieser Autoren, wie Rainer Höß, die Auseinandersetzung mit dem Nationalsozialismus zu einem ihrer „spezifischen Generationenaufträge“ (Süss, 2017: 8) gemacht haben, während andere wie Jennifer Teege ein ‚normales Leben‘ führen möchten, in dem der Nationalsozialismus zwar eine wichtige Rolle spielt, aber nicht im Vordergrund steht. Im Allgemeinen lässt sich sagen, dass jeder Autor seine Familiengeschichte auf seine eigene Art und Weise aufzuarbeiten versucht, was andererseits aus der Perspektive der Gedächtnisstudien als positiv wahrgenommen wird: Es gibt keine hundertprozentig gültige Formel, um mit dem Nationalsozialismus und den damit verbundenen Traumata umzugehen.

Diese Vielfalt an Positionen spiegelt sich letztlich auf der sprachlichen Ebene wider. Einerseits gibt es Autoren wie Uwe von Seltsmann, die sich darum bemühen, die passenden Worte zu finden, um ihre schwer zu beschreibende Gefühle den Lesern näher zu bringen. Bei Anderen, wie etwa Rainer Höß, erhält man eher den Eindruck, dass sie für sich selbst schreiben, ohne zu viel auf die Sprache zu achten. Das sollte allerdings nicht als Mangel angesehen werden, denn eine einfache Schreibweise kann dem Publikum helfen, ein sehr komplexes Thema wie den Nationalsozialismus besser zu verstehen.

Die Schwierigkeit der Nazinachkommen, über ihre widerstreitenden (Schuld-) Gefühle zu schreiben, kann man auf jeden Fall feststellen. Das hat auch viel mit der

²⁹ Siehe „Ziel und Fragestellung“, Seite 7.

ontologischen Funktion des Schreibens zu tun: Je tiefer die Nazienkel über ihre Großväter recherchieren, desto mehr entdecken sie, dass viel von diesen Verbrechern auch in ihnen steckt. Überraschenderweise findet man in jedem der vier Bücher des Korpus Bemerkungen, in denen dieses Thema angeschnitten wird:

-Alexandra Senfft: „Auch ein guter Mensch kann schreckliche Dinge tun. Wir selbst können schreckliche Dinge tun“ (Senfft, 2008: 270).

-Jennifer Teege: „Ich glaube, dass wir alle Anteile von Amon Göth in uns tragen. Würde ich glauben, bei mir seien es mehr, so würde ich wie ein Nazi denken und an die Macht des Blutes glauben“ (Teege/Sellmair, 2013: 56).

-Uwe von Seltmann: „[Wir] sind Menschen, die zu allem fähig sind, die Gutes vollbringen und unsagbar Grauensvolles anrichten, die liebende Eltern sind und brutale Schlächter. Und manchmal beides zugleich“ (Von Seltmann, 2012: 14).

-Rudolf Höß: „Soviel ist für mich inzwischen klar: Die von uns braven Bürgern so gerne weit hinten im Gruselkabinett abgestellten Nazi-Mörder stecken als Möglichkeit tief drin in jedem von uns und wir haben nur Glück, wenn zu unserer Lebzeit keiner kommt und sie aus uns herauslockt“ (Höß, 2013: 99).

Aus diesen Aussagen kann man also die Schlussfolgerung ziehen, dass jeder von uns unter bestimmten Umständen zu einem Verbrechen fähig ist. So schrecklich es auch klingen mag, ist diese Entdeckung nicht unbedingt negativ. Ganz im Gegenteil, denn sie ist das Ergebnis eines Prozesses, in dem die Autoren mit den Konsequenzen des Nationalsozialismus konfrontiert werden und dadurch ihr ‚verbrecherisches Potenzial‘ erfolgreich beiseite legen können: „Wer diesen Weg gegangen ist, wird schwerlich bei Pegida einmarschieren. Er fürchtet die Zukunft nicht, sondern er gestaltet sie“ (Süss, 2017: 243). Im Gegensatz zu ihren Eltern stellen diese Menschen sich also nicht mehr als „Opfer der Zeit, Opfer der Umstände, Opfer falscher Entscheidungen“ (Senfft, 2008: 270) dar, sondern als aktive Gestalter der Zukunft, die dazu beitragen, einen fruchtbringenden Dialog mit dem breiten Publikum, und manchmal auch mit den Opfern und deren Nachkommen, zu führen.

Dass das Schreiben zu einem Ersatz für den mangelhaften Dialog mit den (Groß)eltern geworden ist, ist andererseits eine logische Konsequenz des Zeitverlaufs. Unter den Nazikindern, wie der Fall von Jennifer Teeges Mutter zeigt,

gab und gibt es noch manchmal einen Willen zur Auseinandersetzung, der aber mit der Loyalität gegenüber den nationalsozialistischen Eltern nicht zu vereinbaren ist. Bei den Angehörigen der dritten Generation gibt es dagegen keine emotionale Bindung zu den NS-Verbrechern, was ein breites Spektrum von Gefühlen unter ihnen zur Folge hat: In der Regel schaffen die Autoren es im Laufe der Zeit, Abstand von ihren Großeltern zu gewinnen und sie in einem objektiven Licht zu betrachten, obwohl manchmal der Hass, wie das Beispiel von Rainer Höß zeigt, unüberwindbar ist. Auf jeden Fall werden die prominenten Nazis nicht mehr blindlings verehrt, sondern bloßgestellt und beurteilt. Aus diesem Grund werden diese Autoren – sehr oft von ihren eigenen Verwandten – als ‚Nestbeschmutzer‘ angesehen.

Schließlich (aber nicht zuletzt) fungiert das Schreiben als Waffe gegen das Vergessen. Durch ihre Bücher können die Autoren der dritten Generation nicht nur gewährleisten, dass ihre Kinder sich der Vergangenheit bewusst sind und über die Rolle ihrer Urgroßeltern Bescheid wissen, sondern auch dazu beitragen, dass künftige Generationen ihre Gefühle hinsichtlich des Nationalsozialismus nicht mehr verdrängen müssen. Und das scheint umso wichtiger zu sein in einer Zeit, in der der Rechtsextremismus in Europa und auf anderen Kontinenten sich immer schneller verbreitet, manchmal von Menschen der gleichen Generation in Gang gebracht.³⁰ Diesbezüglich können die hier behandelten Autoren als Vorbilder gelten, um vor den Konsequenzen einer solchen Ideologie zu warnen.

³⁰Man sollte nicht vergessen, dass viele Politiker der deutschen rechtsextremen Partei AfD wie Jörg Meuthen (1961), Kay Gottschalk (1965) oder Marcus Pretzell (1973) auch zu dieser Generation gehören.

LITERATURVERZEICHNIS

Primärliteratur

- Brunner, C. /Von Seltsmann, U. (2006): *Schweigen die Täter, reden die Enkel*. Frankfurt am Main: Fischer Taschenbuch Verlag.
- Höf, R. (2013): *Das Erbe des Kommandanten*. München: Belleville Verlag.
- Senfft, A. (2007): *Schweigen tut weh: Eine deutsche Familiengeschichte*. Berlin: List Taschenbuch Verlag.
- Teege, J. /Sellmair, N. (2013): *Amon: Mein Großvater hätte mich erschossen*. Reinbek bei Hamburg: Rowohlt Verlag.
- Von Seltsmann, U. (2012): *Todleben: Eine deutsch-polnische Suche nach der Vergangenheit*. München: Herbig Verlag.

Sekundärliteratur

- Assmann, A. (2006): *Der lange Schatten der Vergangenheit: Erinnerungskultur und Geschichtspolitik*. München: C.H.Beck.
- Assmann, A. (2007): „Die Last der Vergangenheit“. *Zeithistorische Forschungen/ Studies in Contemporary History*, Jg. 4, 3, S. 375-385.
- Bernard-Donals, M. (2014): „Holocaust Memoirs: Writing Forgetfully“. In: DiBattista, M. /Wittman, E.O. (Hrsg.): *The Cambridge Companion to Autobiography*. Cambridge: Cambridge University Press, S. 195-207.
- Bode, S. (2009): *Kriegsenkel: Die Erben der vergessenen Generation*. Stuttgart: Klett-Cotta.
- Demuth, C. (2013): „Transgenerationale Wertevermittlung in der Familie: Autonomie und Relationalität in autobiografischen Erzählungen junger Erwachsener“. *Journal für Psychologie*, Jg. 21, 2, S. 1-31.
- Frei, N. (Hrsg.) (2003): *Hitlers Eliten nach 1945*. München: Dtv Verlag.
- Hirsch, M. (2012): *The generation of postmemory: writing and visual culture after the Holocaust*. New York: Columbia University Press.
- Jakob, L. (2012): „Da gibt es nichts, worauf man stehen kann‘: Auswirkungen familiärer Kommunikation über den Zweiten Weltkrieg auf die Generation der Kriegsenkel“. In: Knoch, H. et al. (Hrsg.): *Die Kinder der Kriegskinder und die späten Folgen des NS-Terrors*. Heidelberg: Mattes Verlag, S. 183-201.

- Klee, E. (2016): *Das Personenlexikon zum Dritten Reich: Wer war was vor und nach 1945*. Hamburg: Nikol Verlag.
- Lebert, N. /Lebert, S. (2000): *Denn du trägst meinen Namen: Das schwere Erbe der prominenten Nazi-Kinder*. München: Karl Blessing Verlag.
- Levi, N. /Rothberg, M. (2003): *The Holocaust: Theoretical Readings*. Edinburgh: Edinburgh University Press.
- Ludin, M. (2005): *2 oder 3 Dinge, die ich von ihm weiß* [Dokumentarfilm]. Deutschland: ARTE.
- Mitscherlich, A. /Mitscherlich, M. (1967): *Die Unfähigkeit zu trauern: Grundlagen kollektiven Verhaltens*. München: R. Piper.
- Posner, G. (1991): *Hitler's Children*. London: Mandarin.
- Rosenthal, G. (Hrsg.) (2010): *The Holocaust in Three Generations: Families of Victims and Perpetrators of the Nazi Regime*. Leverkusen: Barbara Budrich Verlag.
- Süss, J. (2017): *Die entschlossene Generation: Kriegsenkel verändern Deutschland*. München: Europa Verlag.
- Ustorf, A.-E. (2008): *Wir Kinder der Kriegskinder: Die Generation im Schatten des Zweiten Weltkriegs*. Freiburg im Breisgau: Verlag Herder.
- Weissmark, M. et al. (1993): „Psychosocial Themes in the Lives of Children of Survivors and Nazis“. *Journal of Narrative and Life History*, Jg. 3, 4, S. 319-335.
- Welzer, H. /Moller, S. /Tschuggnall, K. (2002): *„Opa war kein Nazi“: Nationalsozialismus und Holocaust im Familiengedächtnis*. Frankfurt am Main: Fischer Taschenbuch Verlag.
- Windsperger, M. (2013): „Generation 3.0. Dritte Generation im Netz der Erinnerung“. In: Keil, M. /Mettauer, P. (Hrsg.): *Drei Generationen. Shoah und Nationalsozialismus im Familiengedächtnis*. St. Pölten: Institut für Jüdische Geschichte Österreichs, S. 32-38.
- Wrochem, O. von (2016): *Nationalsozialistische Täterschaften. Nachwirkungen in Gesellschaft und Familie*. Berlin: Metropol Verlag.
- Ze'evi, Chanoch (2011): *Meine Familie, die Nazis und ich* [Dokumentarfilm]. Deutschland: Maya Productions/Saxonia Entertainment.
- Zolkos, M. (2015): „Ancestral Guilt: Childhood as Redemption and the Question of

Nazi Descendancy in German Cultural Memory“. In: Faulkner, J. /Zolkos, M. (Hrsg.): *Critical Childhood Studies and the Practice of Interdisciplinarity: Disciplining the Child*. London: Lexington Books, S. 39-60.

Internet-Quellen

- Broder, H.B.: „Das Shoah-Business“, *Der Spiegel*, 19. April 1993:
<http://www.spiegel.de/spiegel/print/d-13680385.html> [Letzter Zugriff: 01.05.2018]
- Frei, N.: „Ertrotzte Aufklärung“, *Die Zeit*, 1. Februar 2001:
https://www.zeit.de/2001/06/Ertrotzte_Aufklaerung [Letzter Zugriff: 01.05.2018]
- „Polnisches Gesetz zu Holocaust-Aussagen tritt in Kraft“, *Die Zeit*, 1. März 2018:
<https://www.zeit.de/gesellschaft/zeitgeschehen/2018-03/polen-vernichtungslager-holocaust-gesetz-in-kraft> [Letzter Zugriff: 01.05.2018]